



Universidad
de Navarra

PROGRAMAS
MÁSTER

Instituto de Ciencias para la Familia
Máster Universitario en Matrimonio y Familia

TRABAJO DE FIN DE MASTER

Curso Académico: 2019-2020

INFLUENCIAS EN EL PENSAMIENTO DE JUTTA BURGGRAF ACERCA DE LA MUJER

Nombre: M^a Dolores Nicolás Muñoz

Dirigido por: Prof. Dra. D^a. Inmaculada Alva Rodríguez

Universidad de Navarra
Máster en Matrimonio y Familia

Trabajo Fin de Máster

INFLUENCIAS EN EL PENSAMIENTO DE JUTTA
BURGGRAF ACERCA DE LA MUJER

María Dolores Nicolás Muñoz

Directora del Trabajo: Prof. Dra. D^a. Inmaculada Alva Rodríguez

Pamplona, Junio de 2020

Título del trabajo:

INFLUENCIAS EN EL PENSAMIENTO DE JUTTA BURGGRAF ACERCA DE LA MUJER.

Alumna:

MARÍA DOLORES NICOLÁS MUÑOZ

Firma de la Directora del Trabajo:

INMACULADA ALVA RODRÍGUEZ

Pamplona, Junio de 2020

RESUMEN: El objetivo de este trabajo es encontrar en el pensamiento de Jutta Burggraf acerca de la mujer conexiones con el pensamiento de otros autores a los que ella misma ha hecho referencia en sus escritos, prestando especial atención a temas como la diferencia entre varón y mujer, la dignidad de la mujer, el feminismo y la ideología de género, así como a Santa María como modelo eminente para la mujer, y profundizando en los rasgos maternos de Dios.

Palabras clave: mujer, dignidad, feminismo, género, igualdad, complementariedad.

ABSTRACT: The purpose of this work is to find, in the thought of Jutta Burggraf on women, connections with the thought of other authors quoted in her writings, with a special focus on issues such as the difference between male and female, women's dignity, feminism, gender ideology, Holy Mary as an eminent model for every woman and deepening into the maternal traits of God.

Key words: women, dignity, feminism, gender, equality, complementarity.

INDICE

Introducción.....	5
Capítulo 1. La mujer a lo largo de la historia.....	7
Capítulo 2. Varón y mujer.....	11
Capítulo 3. La dignidad de la mujer.....	17
Capítulo 4. El feminismo.....	31
Capítulo 5. Perspectiva de género.....	37
Capítulo 6. María, modelo para la mujer.....	43
Capítulo 7. Los rasgos maternos de Dios.....	49
Capítulo 8. El mundo necesita la presencia femenina.....	55
Anexo I. La mujer en San Josemaría Escrivá.....	59
Anexo II. La mujer en el magisterio de Juan Pablo II.....	65
Conclusiones.....	71
Bibliografía.....	75

INTRODUCCIÓN.

En noviembre de 2010, la página web del Opus Dei publicaba un artículo escrito por la profesora Elisa Luque Alcaide, titulado “¡Gracias, Jutta!”¹. La publicación se hacía eco del fallecimiento de Jutta Burggraf, que tuvo lugar el 5 de noviembre de aquel año. Más que un obituario, se trataba de un documento que trazaba una semblanza de ella: amante de la Verdad y seguidora del Bien, predilección por los desfavorecidos, interés por las personas una a una, atención específica a sus alumnos y no sólo como tales sino también como personas... La profesora Burggraf realmente cautivaba, incluso sobre el papel. Y así es como me comencé a interesar por ella.

Acercándome a sus obras, descubrí a Dios como Madre, a la mujer revestida de una dignidad que socialmente se le había en cierto modo arrebatado, a movimientos feministas que oscilaban entre extremos irreconciliables, a María como modelo insigne para la mujer, y la existencia de un feminismo cristiano que dignifica al ser femenino y resalta cómo la sociedad necesita de lo propio de la feminidad para ser completamente un mundo humano.

Este acercamiento propició un Trabajo Fin de Grado, titulado “La dignidad de la mujer en el pensamiento de Jutta Burggraf”, defendido en junio de 2018. En el desarrollo del mismo quedaron patentes las destacadas influencias que la profesora Burggraf fue recogiendo en su reflexión: Juan Pablo II, San Josemaría Escrivá, Edith Stein, Gertrud von Le Fort... Y la sugerencia que hizo Dña. Isabel León Sanz, tutora del citado Trabajo, de ahondar posteriormente en las citadas influencias, fue recogida y hoy se plasma en este Trabajo Fin de Máster.

A lo largo de este documento, queda patente cómo Jutta Burggraf constituye un faro luminoso para abordar el estudio de la dignidad de la mujer, teniendo como base sólida la Revelación. Desde esa raíz, y sin perder de vista el devenir histórico y cómo éste ha ido influyendo en la situación de la mujer en cada época, la autora escribe con profundidad acerca del feminismo. Ella pone de manifiesto cómo existe un feminismo que perjudica gravemente a la mujer, en tanto que le trata de quitar lo propio de su ser e

¹ LUQUE ALCAIDE, E., “¡Gracias, Jutta!”, consultado en Internet en <https://opusdei.org/es-es/article/gracias-jutta/> con fecha 29 de diciembre de 2019.

igualarla completamente al varón; pero sabe también poner de relieve cómo la minusvaloración que tradicionalmente ha padecido la mujer procede de una sociedad que vive de espaldas a Dios, que es quien, de verdad, en la Persona de Cristo, devuelve a la personalidad femenina todo su esplendor, su entera dignidad.

Jutta Burggraf recoge la riqueza que en relación a la mujer dejaron autores como quien sería posteriormente Santa Teresa Benedicta de la Cruz –Edith Stein—o la abundancia de documentos que los Pontífices, especialmente, del siglo XX, nos han legado en favor de la mujer y su reconocimiento a todos los niveles. En este punto, mención especial merecerá el Papa Juan Pablo II y, por la cercanía espiritual con la autora, San Josemaría Escrivá, quien, desde la perspectiva de la santidad a la que todos los cristianos están llamados, animará a la mujer a ser protagonista en la Iglesia y en el mundo, en un co-protagonismo con el varón, idea que Jutta Burggraf madurará hasta alumbrar su propuesta, novedosa y atractiva frente a la ideología de género, de la corresponsabilidad entre varón y mujer.

Se recogerá, sobre todo, en esta singladura por los escritos de los pensadores que han influido en Jutta Burggraf, que existe un feminismo cristiano que apuesta decididamente por la promoción de la mujer, que, al final, es, tanto para varón como para mujer, el despliegue de toda la potencialidad, todos los talentos que Dios entrega a cada persona. La única peculiaridad de esta puesta en juego es hacerlo de acuerdo con la naturaleza de la persona, y que ella expresaba de la siguiente forma:

“Cada persona tiene una misión original en este mundo. Está llamada a hacer algo grande de su vida, y sólo lo conseguirá si cumple una tarea previa: vivir en paz con la propia naturaleza”².

² BURGGRAF, J. “Varón y mujer: ¿naturaleza o cultura?”. Consultado en internet en http://www.laityfamilylife.va/content/dam/laityfamilylife/Documenti/donna/filosofia/espanol/varo_n-mujer-naturaleza-o-cultura.pdf con fecha 20 de diciembre de 2019.

CAPÍTULO 1. LA MUJER A LO LARGO DE LA HISTORIA.

A la hora de fundamentar su pensamiento acerca de la mujer, Jutta Burggraf tenía muy presente el influjo que la historia había tenido en la consideración del ser femenino y en cómo la mujer se tuvo que adaptar a las circunstancias de cada momento.

En diversos lugares de sus escritos, la autora cita expresamente, y en otros momentos deja traslucir su pensamiento, a monseñor Peter Ketter, quien en su obra *Cristo y la mujer* hace un estudio pormenorizado de cómo se la ha ido tratando a lo largo de las civilizaciones. De la lectura de dicha obra, se puede extraer la idea de que previamente a la llegada del Hijo de Dios, la vida de la familia y de la mujer era “*muy triste*”, como el propio autor indica³, si bien el pueblo judío es muestra de cómo religiosidad y aprecio de la mujer van de la mano, pese a la tolerancia de hechos como la poligamia:

*“La historia de Israel corrobora la antigua experiencia de que cuanto más religioso es un pueblo y cuanto más se informa su código moral en el orden primitivo de la creación y cuanto menos son dominadas las relaciones de los sexos por la vida instintiva, más respeta a la mujer”*⁴.

Con la llegada de Cristo, la mujer es restablecida en su dignidad —que nunca había perdido— a la par que el varón. Ketter lo expresaba de la siguiente forma:

“Jesús colocó la dignidad personal de la mujer en el mismo grado que la del hombre. Como personalidades morales, el hombre y la mujer no están en relación de subordinación, sino de coordinación. Según la doctrina de Jesús, el alma de la mujer tiene a los ojos de Dios tan alto valor como la del hombre”.

*“El hombre y la mujer, en la creación de Dios, son estrellas de igual magnitud”*⁵.

³ KETTER, P., *Cristo y la mujer*, Sociedad de Educación Atenas, S.A., Madrid-1945, p. 46.

⁴ *Ibidem*, p. 66.

⁵ *Ibidem*, p. 98.

A la luz del examen del devenir histórico, Jutta Burggraf se planteaba si el progreso había redundado en una mejor situación para la mujer. Por ello, se apoyaba en Ketter al afirmar que el nivel de conexión entre cultura y religión suponía un binomio decisivo para medir la dignidad femenina en una sociedad⁶.

La autora, en su escrito acerca de la Teología feminista⁷, habla de “*cambio radical*” para calificar el modo en que Cristo se acerca a la mujer. Los Evangelios han dejado abundantes muestras de ello, como el pasaje de la samaritana en el evangelio joánico⁸ pero también en aquél de la mujer pecadora que derramó el perfume sobre Cristo según nos cuenta San Lucas⁹. Ella se fija especialmente en cómo el Señor hizo alarde de gallardía y novedad: “*se enfrentó a los prejuicios y convencionalismos de una sociedad diseñada por varones*”¹⁰.

⁶ La cita de Ketter era la siguiente: «*Toda cultura se convierte cada vez más en mayor medida en enemiga de la mujer, cuando más se desliga del vínculo con lo eterno y lo divino*», tomada de la citada obra, *Cristo y la mujer*, p. 5. Jutta Burggraf afirmaba que, viniendo la dignidad propia de todo ser humano de su Creador, una sociedad que vive al margen de un “*progreso espiritual paralelo*” no puede reconocer en su entera extensión la dignidad de la persona y, en concreto, la de la mujer. Cfr. BURGGRAF, J., “Dignidad y función de la mujer en la Iglesia y en la sociedad”, en SARMIENTO, A. (dir.), *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo*, VIII Simposio Internacional de Teología, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1987, 615-627.

⁷ BURGGRAF, J., “Madre de la Iglesia y mujer en la Iglesia. A propósito de la «Teología feminista»”, *Scripta Theologica* 18 (1986), 575-593.

⁸ *Jn* 4, 5-42.

⁹ *Lc* 7, 36-50.

¹⁰ BURGGRAF, J., “Madre de la Iglesia y mujer en la Iglesia. A propósito de la «Teología feminista»”, p. 587.

Por eso, se puede afirmar que encontramos ecos del pensamiento de Ketter en Jutta Burggraf, dado que él escribió que el reconocimiento de la mujer en su religiosidad es la base sobre la que se apoya la novedad que Cristo trae para ella¹¹. La Encarnación del Hijo de Dios supone para la mujer un antes y un después, puesto que, como la autora escribió, la distancia que el pecado supuso, y supone, para el ser humano con respecto a Dios hace que éste respete menos a los demás –y, como consecuencia, a sí mismo--. El impacto que el pecado original tuvo sobre las relaciones varón-mujer son palpables, implicando un mayor alcance para el ser femenino. Así lo refleja Burggraf al analizar la *Mulieris Dignitatem*:

*“Cuanto más el hombre se aleja de Dios por el pecado, tanto menos reconoce que puede realizar la propia vida solo en la solicitud por un tú, y tanto menos respeta a los demás hombres. Juan Pablo II observa que las tristes consecuencias de esta alteración afectan sobre todo al sexo femenino: el varón envilece a la mujer y la priva de sus derechos, degradándola a menudo a objeto de posesión y de placer. Al amor y al don de sí, sustituyen el dominio y el utilitarismo, con todas las formas de traición a la persona que estas palabras encierran”*¹².

Desde este profundo convencimiento de la necesidad inscrita en el corazón humano de encontrarse con Dios, la autora enfoca la comprensión de la relación entre varón y mujer, la realidad del matrimonio, el privilegio de la maternidad y de la virginidad por el Reino de los Cielos, y la necesidad de que la feminidad impregne todos los ámbitos en que se desarrolla la actividad humana, para aportar el sello distintivo de la mujer a un mundo que clama por volver a ser humano, y que dista enormemente de los postulados del feminismo radical. Todo ello se irá desgranando en los siguientes capítulos.

¹¹ Así lo escribió Ketter: “Cuanto más ahondamos en los relatos de los Evangelios, más claramente vemos que la reforma de Jesús a favor de la mujer tiene su punto nodal en el completo reconocimiento de la personalidad religiosa de la misma. Es la célula vital de la que brota orgánicamente todo”, en *Cristo y la mujer*, p. 100.

¹² BURGGRAF, J., “Para un feminismo cristiano: reflexiones sobre la Carta Apostólica “*Mulieris Dignitatem*”, *Romana* 10 (1988). Consultado en internet en <https://opusdei.org/es-es/article/para-un-feminismo-cristiano-reflexiones-sobre-la-carta-apostolica-mulieris-dignitatem/> con fecha 28 de diciembre de 2019.

CAPÍTULO 2. VARÓN Y MUJER.

En el año 2008, vio la luz una publicación¹³ del Pontificio Consejo para la Familia, en la que Jutta Burggraf colaboró escribiendo la introducción, con un capítulo titulado “Una comprensión más profunda de la sexualidad humana”. En el mismo, la autora se refiere a la sexualidad como “*un gran misterio*”¹⁴. Este carácter misterioso lo vincula al designio de Dios para el ser humano. Ciertamente, como ella expone, varón y mujer poseen ambos, en su unidad de cuerpo y espíritu, la imagen de Dios, porque así han sido creados. Así lo fue exponiendo el Papa Juan Pablo II, quien dedicó tres años de sus catequesis de los miércoles a explicar los tres primeros capítulos del Génesis. Por ese motivo, Burggraf puso de relieve esa labor de exégesis del Pontífice en el comentario que realizó acerca de “*Mulieris Dignitatem*”¹⁵:

*“Gn 1,27 afirma explícitamente que Dios creó al hombre –varón y mujer— a su imagen y semejanza. Esto significa, en primer lugar, que los dos sexos poseen la misma naturaleza de seres racionales y libres; que ambos han recibido el mandato común de someter la tierra; y finalmente, que cada uno de los dos tiene una relación directa y personal con Dios. Es decir, tanto el varón como la mujer son personas: son –como repite a menudo el Papa citando la Gaudium et Spes (n.24) —amados por Dios «por sí mismos», y en esto reside su dignidad (cfr. MD, 7, 10, 13, 18, 20, 30). La mujer no es pues un ser definido a través del varón y en función del varón. No recibe del varón su propia dignidad, sino que la posee originariamente en sí misma”*¹⁶.

¹³ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, “Sexualidad humana: verdad y significado. Orientaciones educativas en familia”, Ed. Promesa, San José de Costa Rica-2008.

¹⁴ *Ibidem*, p. 12.

¹⁵ BURGGRAF, J., “Para un feminismo cristiano: reflexiones sobre la Carta Apostólica “*Mulieris Dignitatem*”. Consultado en internet en <https://opusdei.org/es-es/article/para-un-feminismo-cristiano-reflexiones-sobre-la-carta-apostolica-mulieris-dignitatem/> con fecha 25 de abril de 2020.

¹⁶ *Ibidem*, apdo. 2.

Al amparo de dicha base, Burggraf dejó constancia de la diferente manifestación de la común humanidad que se da en ambos sexos. Asimismo, resaltaba que la misión para cada uno de ellos es distinta, sin implicar esto que entre ambos existan compartimentos estancos, dado que en el ser humano está inscrita una vocación a la complementariedad con el otro sexo. Este aspecto aparece explicado en el presente fragmento escrito por el Cardenal Angelo Scola, a quien ella citó con frecuencia:

“La sexualidad, existir como hombre/mujer, indica, por tanto, que para el hombre la alteridad es constitutiva e infranqueable. Antropológicamente hablando, la sexualidad humana es el camino principal a través del cual el hombre experimenta la alteridad como algo intrínseco al yo mismo”¹⁷.

En esa alteridad es donde radicaba para Burggraf la explicación de la sexualidad humana. La disposición hacia el otro supone que la persona alcanza su plenitud en lo que ella llamaba “*ser-para-el-otro*”¹⁸, en dar y recibir amor, a imitación de la vida intratrinitaria. Asimismo, hacía énfasis en que, bajo ese punto de vista, la razón de la sexualidad no está en la procreación, sino en que el ser humano engendra vida “*para perpetuar la imagen divina que él mismo refleja en su condición sexuada*”¹⁹, lo cual supone una elevación de alcance inconmensurable de la facultad generativa humana.

La llamada a la complementariedad entre ambos sexos está clara, pero la profesora Burggraf, con su finura característica a la hora de enfocar este tema, hacía constar que dicha complementariedad no se da únicamente en la relación de uno en uno –este varón concreto con esta mujer concreta–, sino que todos los posibles vínculos personales, sean del ámbito que sean –familiar, laboral, amistad, etc.–, todos se tiñen de lo que el Cardenal Scola llamaba como “*reciprocidad asimétrica*”²⁰. Con dicha expresión, Scola se refiere a que la complementariedad entre varón y mujer admite múltiples tonalidades, dado que existe una reciprocidad propia de una madre y su hijo, como de un hermano y una hermana, o entre compañero y compañera en el ámbito

¹⁷ SCOLA, A., *¿Qué es la vida?*, Ed. Encuentro, Madrid-1999, p. 130.

¹⁸ Cfr. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, “Sexualidad humana: verdad y significado. Orientaciones educativas en familia”, p. 13.

¹⁹ *Ibidem*, p. 14.

²⁰ *Ibidem*, p. 15.

laboral: siempre se da una situación de reciprocidad, pero teñida del contexto propio en el que se desarrolla²¹. Así, todas las facetas de la vida humana tienen la tonalidad que aportan la peculiaridad masculina y la femenina.

La autora señaló en distintas de sus obras la certeza de que existen características —de orden psicológico o espiritual— que se dan con mayor frecuencia en uno u otro sexo²², aunque esta afirmación siempre iba seguida de la salvedad respecto a la ausencia de exactitud científica a la hora de comprobarlo. No obstante, ella siempre hizo notar la diferente posición que respecto a la vida tienen constitutivamente. Como escribió en relación a la mujer,

*“la sexualidad no es para ella una condición que podría no existir. Al contrario, para la mujer la sexualidad es una realidad que envuelve su ser y su comportamiento de manera radical, y que corresponde a una determinación del Creador. De sus propiedades físicas y psíquicas se puede deducir cuál es y cómo es la vocación femenina”*²³.

El carácter maternal inherente a la mujer también le distingue con la predisposición a comprender y a disculpar. Por eso, la profesora Burggraf afirmaba que la mujer *“se convierte en la gran vencedora de la vida cotidiana”*²⁴.

En tal sentido, y continuando con lo que el Papa Juan Pablo II dejó reflejado en múltiples ocasiones, ciertamente la labor femenina en el seno de la familia es de capital importancia, aunque ello no significa un enclaustramiento de la mujer en el hogar. La profesora Burggraf lo expresaba de la siguiente forma:

²¹ Cfr. SCOLA, A., *La cuestión decisiva del amor: hombre-mujer*, Ed. Encuentro, Madrid-2003, p. 21.

²² Cfr. BURGGRAF, J., “¿Qué quiere decir género? En torno a un nuevo modo de hablar”, Ed. Promesa, San José de Costa Rica-2004, p. 21.

²³ BURGGRAF, J., “Dignidad y función de la mujer en la Iglesia y en la sociedad”, en SARMIENTO, A. (dir.), “La misión del laico en la Iglesia y en el mundo, VIII Simposio Internacional de Teología”, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona-1987, p.616.

²⁴ *Ibidem*, p. 623.

“Evidentemente, no es deseable que la mujer esté «encerrada» entre cuatro paredes. Éste era tal vez el ideal de la sociedad burguesa del s. XIX; pero tiene muy poco que ver con la moral cristiana. Dependiendo de su capacidad de trabajo y de su situación familiar, la mujer puede considerar incluso como su obligación, realizar alguna forma de trabajo en la sociedad en que vive –ya sea a través de la labor profesional, de la ayuda voluntaria a los demás o de otro tipo de trabajo personal—y abrir su hogar a los demás”²⁵.

Más bien al contrario –y esta es una nota que muestra a la autora como defensora del reconocimiento legislativo y socioeconómico del trabajo de la mujer en el hogar--, ella afirma que el cometido femenino en el seno de la familia y de la casa ha de recibir el justo valor e importancia que tiene:

“La familia, ciertamente, no es una tarea exclusiva de la mujer. Pero aun cuando el varón muestre su responsabilidad y compagine adecuadamente sus tareas profesionales y familiares, no se puede negar que la mujer juega un papel sumamente importante en el hogar. La específica contribución que aporta allí, debe tenerse plenamente en cuenta en la legislación y debe ser también justamente remunerada, bajo el punto de vista económico y sociopolítico”²⁶.

Y, en este punto, muestra estar al unísono con lo que desde el magisterio pontificio se estaba proponiendo a las instancias gubernamentales, en relación a reconocer el doble quehacer de la mujer:

“Conviene vigilar para que la mujer no se vea, por razones económicas, forzada obligatoriamente a un trabajo demasiado pesado y a un horario excesivamente cargado que se añadan a todas sus responsabilidades de dueña del hogar y de educadora de sus hijos. La sociedad, dijimos al final del Sínodo, debería hacer un esfuerzo para organizarse de otro modo”.

²⁵ BURGGRAF, J., “Juan Pablo II y la vocación de la mujer”, Scripta Theologica, 31 (1999), 139-155, p. 150.

²⁶ BURGGRAF, J., “¿Qué quiere decir género? En torno a un nuevo modo de hablar”, pp. 28-29.

“¿Quién podrá negar que, en muchos casos, la estabilidad y el éxito de la familia, su florecimiento humano y espiritual, deben mucho a esa presencia materna en el hogar? Es, pues, un auténtico trabajo profesional que merece ser reconocido como tal por la sociedad; por otra parte, es una llamada al valor, a la responsabilidad, al ingenio, a la santidad”²⁷.

No obstante todas estas reflexiones en torno a la sexualidad, la autora también dejó plasmado en su artículo, citado al principio, el impacto que el pecado original dejó en las relaciones entre varón y mujer. Matizaba que el pecado lo cometieron los dos, pero las consecuencias también fueron para ambos, aunque con una peculiaridad: que los efectos eran más patentes sobre la mujer, y no sólo por los dolores del parto, sino a causa de la dominación que el varón ejerce sobre ella por influencia del pecado²⁸. Y entonces Burggraf vuelve a hacer gala de su agudeza intelectual al afirmar que, en virtud de tal dominación,

“el varón queda todavía más herido en esta situación que la mujer. Quien comete una injusticia es más desgraciado que aquel que la sufre: no sólo hace daño al otro sino, de un modo más íntimo, se está destruyendo a sí mismo, pues deforma la propia imagen de Dios”²⁹.

²⁷ JUAN PABLO II, Discurso C'est une joie, al V Congreso Internacional de la Familia, 1980. Consultado en internet en https://www.enchiridionfamiliae.com/z_componer.php?paragrafo=1980%2011%2008%200001 con fecha 29 de diciembre de 2019.

²⁸ Cfr. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, “Sexualidad humana: verdad y significado. Orientaciones educativas en familia”, p. 27.

²⁹ *Ibidem*.

Esa profunda herida del pecado que empañó la armonía entre la mujer y el varón ha desencadenado a lo largo de la historia humana multitud de problemas. Sin embargo, la autora, abierta siempre a encontrar esperanza en medio de las dificultades, recuerda que la gracia divina permanece siempre disponible para aquél que la pide, y que es el factor suficiente y necesario que transforma el corazón del ser humano³⁰. Y, en particular, para los esposos cristianos, tal y como lo escribió ella:

“La relación con Dios no quita o disminuye nada del amor humano; es más bien su garante poderoso. Los esposos cristianos se pueden amar “con todo el corazón”, porque se saben amados por Dios”³¹.

Esta relación con el Padre no se ciñe exclusivamente al amor entre los esposos, sino que es posible experimentarla de un modo especial para aquellas personas que son llamadas por Dios a entregarse a Él por completo³², en celibato o virginidad.

En cualquiera de esos estados posibles de vida, varón y mujer están llamados a colaborar llevando a plenitud los talentos específicos, puesto que Dios ha confiado la Creación a los dos, es un quehacer a desarrollar en común³³.

³⁰ *Ibidem*, p. 31.

³¹ *Ibidem*, p. 36.

³² Cfr. *Ibidem*, p. 39.

³³ *Ibidem*.

CAPÍTULO 3. LA DIGNIDAD DE LA MUJER.

El tema de la dignidad de la mujer fue una de las líneas de pensamiento que más páginas llenó en la producción académica de Jutta Burggraf. Este tema le preocupaba no como una reivindicación de sí misma o de la mujer como víctima tradicional de un mal entendido dominio masculino –al hilo de lo que defendía el feminismo radical–, sino que abordaba la cuestión desde su profundo conocimiento teológico –recordemos que era Doctora en Teología por la Universidad de Navarra— y como mujer de su tiempo.

La autora siempre partió, a la hora de definir la relación varón-mujer, del relato del Génesis, siendo un motivo recurrente en sus obras:

*“Dios creó al hombre, varón y mujer, a su imagen y semejanza. Ambos tienen la misma naturaleza y gozan de una libertad intangible y de suma dignidad; su misión común es ser «iguales a Dios» y mostrar esta semejanza en su vida”*³⁴.

La dignidad femenina procede de su ser imagen y semejanza de Dios, lo mismo que el varón. Esta doble manifestación de la humanidad tiene su sentido desde el carácter relacional que el Creador imprime en la persona y que, a su vez, es reflejo de la Comunión que existe en la Santísima Trinidad. Por tanto, la dignidad de la mujer no depende de haber sido creada después del varón, sino que es debido al designio divino. Burggraf lo expresaba resaltando que cada sexo tiene su propia dignidad de por sí, pero que también es una dignidad según su modo propio, esto es, desde su ser sexuado diferente y, recordemos también, complementario³⁵.

³⁴ BURGGRAF, J., “Dignidad y función de la mujer en la Iglesia y en la sociedad”, en SARMIENTO, A. (dir.), “La misión del laico en la Iglesia y en el mundo, VIII Simposio Internacional de Teología”, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1987, pp. 615-627.

³⁵ Jutta Burggraf hacía referencia al modo propio que tanto varón como mujer tienen de expresar su condición humana. Y, específicamente, para la mujer, se fijaba en cómo la sexualidad determina su forma de ser: “La mujer es un ser humano en la forma peculiar que corresponde a una mujer. No es menos ser humano que el hombre, pero es un ser humano según su modo propio”. *Ibídem*, p. 616.

Respecto a la complementariedad, la autora hacía referencia frecuente a la idea de la mujer como “ayuda” del hombre. En este aspecto, se apoyaba, por un lado, en el pensamiento del Cardenal Caffarra, quien, en su *Ética de la sexualidad*, escribía de este ser “ayuda” como una necesidad que tiene el hombre de relacionarse. En aquél “*no es bueno que el hombre esté solo*”³⁶ está implícita la necesidad que el hombre tiene de salir de sí, su condición de ser relacional³⁷. Su soledad no puede ser remediada con el dominio sobre los animales, puesto que con ellos no es capaz de encontrarse a sí mismo. Esto sólo es posible al verse reconocido por la mujer, al igual que a ésta le ocurre al verse reconocida por el hombre: el encuentro con el otro, el igual en la humanidad y diverso en la sexualidad, devuelve al hombre la plenitud de su ser.

*“Es propio de la mujer tener, conforme a la dignidad que le corresponde por creación, una misión y una tarea diferentes a la de los hombres. Dios ha querido que su misión sea la de compañera y «ayuda» del hombre. Por la palabra «ayuda» se entiende que la mujer debe ayudar al hombre a ser él mismo de forma completa”*³⁸.

Esta reflexión que Burggraf hace acerca de la “ayuda” también pone su pensamiento en relación con el de Edith Stein. La santa y filósofa polaca es uno de los referentes en sus escritos académicos. Pero, en este aspecto concreto, Burggraf diferencia su argumentación de la de Stein: para ésta última, sí existe una prevalencia del varón sobre la mujer en tanto que él fue creado primero³⁹, mientras que para la primera existe una igualdad en la diferencia entre ambos. No obstante, según se aprecia en otros puntos, la profesora Burggraf recoge en diversos aspectos la línea argumental planteada por la santa patrona de Europa.

³⁶ Gn 2, 18.

³⁷ Cfr. CAFFARRA, C. *Ética general de la sexualidad*, Ediciones Internacionales Universitarias, Barcelona-1995, p. 56.

³⁸ BURGGRAF, J., “Dignidad y función de la mujer en la Iglesia y en la sociedad”, p.616.

³⁹ Cfr. STEIN, E., *La mujer. Su papel según la naturaleza y la gracia*, Ed. Palabra, Madrid-1998, p. 49.

En este sentido, diversos documentos magisteriales venían afirmando y apoyando el reconocimiento de la dignidad de la mujer y no sólo en los que vieron la luz durante mediados del siglo XX, sino desde la centuria anterior, con motivo de los progresos y desequilibrios que la industrialización llevó aparejados. Se comenzó muy pronto a revalorizar el ser femenino subrayando el que toda su esencia responde a un propósito de Dios sobre la mujer:

*“Dios no sólo le ha dado a la mujer existir, sino que la personalidad femenina en su estructura física y psíquica responde a un propósito particular del Creador”*⁴⁰.

Y en términos muy parecidos se expresaba también el Papa Juan XXIII, al referirse a la complementariedad entre mujer y varón, en referencia al ámbito específico del trabajo:

*“Por lo que respecta al trabajo de la mujer en particular, la Iglesia, en su larga tradición, se muestra preocupada por defender la dignidad de la que lo ejerce y el carácter particular del trabajo. Estima que la mujer, en cuanto persona, goza de una dignidad igual a la del hombre, pero Dios y la naturaleza le han confiado tareas diferentes, que perfeccionan y completan la misión asignada al hombre. Dignidad semejante, misión complementaria”*⁴¹.

⁴⁰ PÍO XII, Discurso a los participantes en XIV Congreso Internacional de la Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas. Consultado en Internet en https://w2.vatican.va/content/pius-xii/fr/speeches/1957/documents/hf_p-xii_spe_19570929_organiz-femminili-cattoliche.html con fecha 22 de diciembre de 2019.

⁴¹ JUAN XXIII, Discurso del Santo Padre al Congreso de la Federación Mundial de Juventudes Femeninas Católicas, Roma-1960. Consultado en Internet en http://w2.vatican.va/content/john-xxiii/es/speeches/1960/documents/hf_j-xxiii_spe_19600423_gioventu-femminile.html con fecha 22 de diciembre de 2019.

De hecho, el Papa Roncalli continuó poniendo a la mujer en el centro de sus intervenciones, diferenciando la tendencia hacia la equiparación en derechos con el varón de lo que es lo más propiamente femenino. El Pontífice puso de relieve que la diferencia en disposiciones naturales y las correspondientes cualidades otorgadas por Dios a la mujer, distintas de las del varón, es precisamente lo que la realzan y le dan su propia dignidad⁴².

La Carta Encíclica “*Pacem in terris*”, además de brotar de la preocupación del Santo Padre por el contexto de guerra fría que se había implantado tras la II Guerra Mundial, reflejó la nueva realidad social nacida con la posguerra y las consecuencias, y oportunidades, que ésta había supuesto para la mujer:

“En segundo lugar, es un hecho evidente la presencia de la mujer en la vida pública. Este fenómeno se registra con mayor rapidez en los pueblos que profesan la fe cristiana, y con más lentitud, pero siempre en gran escala, en países de tradición y civilizaciones distintas. La mujer ha adquirido una conciencia cada día más clara de su propia dignidad humana. Por ello no tolera que se la trate como una cosa inanimada o un mero instrumento; exige, por el contrario, que, tanto en

⁴² En el discurso a los participantes el Congreso de estudio sobre la mujer y la vida social, Juan XXIII hizo referencia a cómo el nuevo ritmo de vida ligado a la evolución técnica y social había hecho que la mujer saliera del ámbito del hogar para pasar a ocupar un puesto propio en la vida pública. Sin embargo, no dejó de referirse a la importancia de la mujer en la familia y en el hogar. Todo el discurso supone un resumen del pensamiento del Pontífice respecto al ser femenino, del que cabe resaltar este extracto: “... la profesión de la mujer no puede prescindir de los caracteres inconfundibles con los que el Creador ha querido señalar su fisonomía. Es verdad que las condiciones de vida tienden a introducir la casi absoluta igualdad del hombre y la mujer. Con todo, si la igualdad de derechos, proclamada con razón, debe reconocerse en todo aquello que es propio de la persona y de la dignidad humana, de ningún modo implica igualdad de funciones. El Creador ha dado a la mujer cualidades, inclinaciones y disposiciones naturales que le son propias en diverso grado que al hombre; esto quiere decir que le han sido asignadas tareas especiales. No distinguir bien esta diversidad de las respectivas funciones del hombre y de la mujer, más aún su necesaria complementariedad, sería contra la naturaleza y se terminaría por envilecer a la mujer y quitarle el fundamento de su dignidad”. Discurso del Papa Juan XXIII a los participantes en el Congreso de estudio sobre la mujer y la vida social, Roma-1961. Consultado en Internet en http://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/speeches/1961/documents/hf_j-xxiii_spe_19610906_donna-professione.html con fecha 22 de diciembre de 2019.

*el ámbito de la vida doméstica como en el de la vida pública, se le reconozcan los derechos y obligaciones propios de la persona humana*⁴³.

Posteriormente, Pablo VI, a la clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II, escribió un mensaje a las mujeres⁴⁴ exhortándolas con vehemencia a desarrollar todo su potencial en todos los ámbitos, especialmente en un momento histórico de inflexión, en el que se propaga con rapidez la escisión entre amor y procreación, y en el que la paz mundial se ve amenazada por bloques políticos. El Pontífice se dirigía a ellas afirmando que *“la sociedad os llama por todas partes”*. Todo el mensaje está lleno de imperativos, transido de un reclamo a las mujeres para que salven la paz del mundo y devuelvan a los hombres la audacia y la humildad de los comienzos de un nuevo tiempo:

“Vosotras, las mujeres, tenéis siempre como misión la guarda del hogar, el amor a las fuentes de la vida, el sentido de la cuna (...) Nuestra técnica corre el riesgo de convertirse en inhumana. Reconciliad a los hombres con la vida”.

“Mujeres del universo todo, cristianas o no creyentes, a quienes os está confiada la vida en este momento tan grave de la historia, a vosotras os toca salvar la paz del mundo”.

Después del Papa Montini, será Juan Pablo II quien recogerá el testigo y continuará escribiendo con profusión acerca de la mujer durante todo su largo pontificado. En la Carta Apostólica *“Mulieris Dignitatem”* dejó un extenso legado programático haciendo del misterio de la Encarnación la base sobre la que pivota la importancia de la mujer en la persona de María:

⁴³ JUAN XXIII, Carta Encíclica “Pacem in terris”, Roma-1963. Consultado en internet en http://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_11041963_pacem.html con fecha 22 de diciembre de 2019.

⁴⁴ PABLO VI, Mensaje a las mujeres, Roma-1965. Consultado en internet en http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf_p-vi_spe_19651208_epilogo-concilio-donne.html con fecha 23 de diciembre de 2019.

“De esta manera «la plenitud de los tiempos» manifiesta la dignidad extraordinaria de la «mujer». Esta dignidad consiste, por una parte, en la elevación sobrenatural a la unión con Dios en Jesucristo, que determina la finalidad tan profunda de la existencia de cada hombre tanto sobre la tierra como en la eternidad. Desde este punto de vista, la «mujer» es la representante y arquetipo de todo el género humano, es decir, representa aquella humanidad que es propia de todos los seres humanos, ya sean hombres o mujeres. Por otra parte, el acontecimiento de Nazaret pone en evidencia un modo de unión con el Dios vivo, que es propio sólo de la «mujer», de María, esto es, la unión entre madre e hijo”⁴⁵.

En María, la mujer queda unida de forma eminente a la historia de la salvación, y sobre ello reflexionó Burggraf al recoger que, frente a lo que en un primer momento puede parecer una actitud de pasividad, de mera receptividad, por parte de Santa María, más bien es todo lo contrario:

“Sin embargo, a este respecto hay que observar que virtudes como la entrega, la humildad, la obediencia, la disponibilidad al sacrificio y al servicio, se hacen posibles gracias a una «actividad» espiritual superior que tiene como efecto el dominio de las propias aspiraciones personales”⁴⁶.

Además, la autora señala que esa actitud no es patrimonio exclusivo de la feminidad, sino que, el paradigma que María supone como modelo de entrega, lo es para todo cristiano, ya sea hombre o mujer, porque *“María representa esencialmente a la humanidad y a la Iglesia que acogen lo sagrado”*.

⁴⁵ BURGGRAF, J., “Dignidad y función de la mujer en la Iglesia y en la sociedad”, p.616

⁴⁶ BURGGRAF, J., *Ibíd*em, p.621.

En los apartados dedicados a la Virgen como modelo para la mujer y a su vocación, se expondrá más detalladamente que asociar debilidad con feminidad es una idea errónea y que, más bien, lo que distingue a la mujer es su apuesta decidida por la custodia de la vida, disposición que se defiende, por contraste, desde una actitud de fortaleza. Esto, precisamente, conecta directamente a la autora con el Papa Wojtyła, quien –volviendo a *Mulieris Dignitatem*-- afirma que la dignidad y vocación de toda persona “*encuentran su realización definitiva en la unión con Dios*”⁴⁷.

Juan Pablo II insiste, al escribir acerca de la dignidad femenina, que oponerse a la dominación por parte del varón no ha de significar un masculinizarse la mujer⁴⁸, sino que es en la expresión de su riqueza propia, que es distinta de la masculina, como se realiza como persona. Además, subraya que los casos en los que se menoscaba la dignidad y vocación de la mujer, el mal no lo padece únicamente ella, sino también el varón que revierte sobre sí mismo ese perjuicio.

Del mismo modo, el Pontífice abunda sobre el vínculo mujer y dignidad al afirmar que Cristo es el artífice de todo ello: no ya sólo porque Él conoce el interior de toda criatura, sino porque es precisamente el Autor de cada una de ellas. Además, señala cómo Cristo marca un antes y un después en la forma de dirigirse a la mujer, prueba de lo cual se encuentra en los Evangelios, a los que también hace referencia Juan Pablo II en su citada Carta Apostólica. El Hijo de Dios es quien libera realmente al ser femenino, puesto que le manifiesta cuál es su verdad más radical, comprendiendo tanto su dignidad como la influencia del pecado⁴⁹:

“La «igualdad» evangélica, la «igualdad» de la mujer y del hombre en relación con «las maravillas de Dios», tal como se manifiesta de modo tan límpido en las obras y en las palabras de Jesús de Nazaret, constituye la base más evidente de la dignidad y vocación de la mujer en la Iglesia y en el mundo”.

⁴⁷ JUAN PABLO II, Carta Apostólica “*Mulieris Dignitatem*” sobre la dignidad y la vocación de la mujer con ocasión del año mariano, Roma-1988, p. 5. Consultado en internet en http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1988/documents/hf_jp-ii_apl_19880815_mulieris-dignitatem.html con fecha 05 de enero de 2020.

⁴⁸ Cfr. *Ibídem*, p. 10.

⁴⁹ Cfr. *Ibídem*, p. 15.

Será siete años después cuando el Pontífice polaco volverá a dejar un mensaje directo dirigido a las autoridades mundiales en la persona de la señora Mary Ann Glendon, con motivo de su intervención en la IV Conferencia mundial sobre la mujer. Con un empleo reiterado y vehemente del imperativo “*exhorto*”, solicitó la promoción de la mujer, especialmente en las generaciones más jóvenes, a todos los niveles: desde el educativo, al sanitario o el profesional. En especial, hizo hincapié en la necesidad de educar y transformar el punto de vista de los varones en relación a la mujer, yendo así a la raíz de la solución:

“Exhorto a todos los servicios educativos vinculados con la Iglesia católica (...) a educar a los niños en el sentido de la dignidad y el valor de la mujer”.

*“Exhorto a todos los hombres en la Iglesia a realizar, donde sea necesario, un cambio de corazón, y a tener, como exigencia de su fe, una visión positiva de la mujer. Les pido que tomen cada vez mayor conciencia de los inconvenientes que las mujeres, especialmente las niñas, han tenido que afrontar, y vean dónde la actitud de los hombres, su falta de sensibilidad o de responsabilidad, pueden haber sido la causa”*⁵⁰.

⁵⁰ JUAN PABLO II, Discurso del Santo Padre a la Señora Mary Ann Glendon y a los miembros de la Delegación de la Santa Sede a la IV Conferencia Mundial sobre la mujer, Pekín-1995. Consultado en Internet en http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1995/august/documents/hf_jp-ii_spe_19950829_glendon.html con fecha 26 de diciembre de 2019.

Ya casi al final del pontificado de Juan Pablo II, fue el Cardenal Ratzinger quien, como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y siguiendo la línea marcada por aquél, escribió una Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración entre varón y mujer⁵¹. En dicho documento, ratificará en su conclusión que la clave para la promoción de la dignidad de la mujer radica en el mutuo reconocimiento entre ella y el varón de la común humanidad que les une –y que es el fundamento de su respectiva dignidad—así como de la diferencia que les distingue y les abre el camino de la complementariedad⁵².

Una mención especial merece, entre las influencias en torno a la idea de la dignidad de la mujer, San Josemaría Escrivá. La profesora Burggraf, en consonancia con el mensaje del santo, se refería a él en los siguientes términos: “*fue uno de los grandes pioneros de la promoción de la dignidad y emancipación de las mujeres en todo el mundo*”⁵³.

Lo mismo que difundió la llamada universal a la santidad –y en este aspecto concreto fue un adelantado a su tiempo, no por la novedad de la idea, puesto que era de entraña evangélica, sino por la difusión global de este mensaje, que luego recogería el Concilio Vaticano II--, se distinguió por estar convencido desde muy joven de la igual dignidad de varón y mujer⁵⁴.

⁵¹ RATZINGER, J., “Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo”, Roma-2004. Consultado en Internet en http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20040731_collaboration_sp.html con fecha 26 de diciembre de 2019.

⁵² Cfr. *Ibidem*.

⁵³ BURGGRAF, J., “El poder de la confianza: San Josemaría Escrivá de Balaguer y las mujeres”, p. 9. Consultado en Internet en la web www.opusdei.es, en <https://opusdei.org/es-es/article/el-poder-de-la-confianza-san-josemaria-y-la-mision-de-la-mujer/> con fecha 25 de abril de 2020.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 12.

En el texto que Burggraf dedica a exponer el pensamiento de San Josemaría en torno a la mujer, llama poderosamente la atención cómo la autora reflexiona acerca de las lacras que aún, en los albores del tercer milenio, se ciernen en torno a la mujer⁵⁵. La enumeración de esas marcas que degradan al ser femenino le sirve para condensar en una breve frase el pensamiento del santo oscense acerca de la mujer: “*veía bullir la sangre de Cristo en cada una de ellas*”⁵⁶.

Como la profesora Burggraf escribió, San Josemaría no es que despreciara la labor de la mujer en el hogar –antes al contrario: la concebía como una labor profesional de primer orden–, sino que confiaba, y creía firmemente, en la aptitud femenina para abrirse camino y ser protagonista en todas las profesiones⁵⁷. Ella lo reflejó así:

*“Con respecto a las mujeres, podemos hacer un primer resumen: el fundador de la Obra esperaba de ellas que tomaran su vida profesional realmente en serio, les animaba a aceptar responsabilidades de mayor envergadura y cargos de más difícil desempeño: no para “brillar” personalmente, sino para servir más y mejor, para amar con eficacia”*⁵⁸.

No obstante, esbozando el pensamiento del santo, la autora refleja –y esto es recurrente en todos sus artículos, libros e intervenciones haciendo referencia a varón y mujer—cómo ambos sexos manifiestan una diferente percepción, un acento especial y particular a la hora de enfrentarse al mundo:

*“los varones y las mujeres, aunque compartan todo lo esencial en la común naturaleza humana, tienen, a veces, distintas sensibilidades y necesidades: experimentan el mundo de forma diferente, sienten, planean y reaccionan de manera desigual”*⁵⁹.

⁵⁵ Cfr. *Ibídem*, p. 15.

⁵⁶ *Ibídem*, p. 16.

⁵⁷ Cfr. *Ibídem*, p. 20.

⁵⁸ *Ibídem*, p. 22.

⁵⁹ *Ibídem*, p. 23.

*“Entonces, ¿cuál es ese “resto” que señalará la diferencia fundamental entre los sexos? Es, sencillamente, la capacidad de ser padre o madre, con las cualidades que derivan de ella”*⁶⁰.

Y es que el diferente modo en el que la sexualidad masculina y femenina se sitúan en torno a la procreación, en torno a albergar una nueva criatura, les configura como personas: la sexualidad es, como escribió el Cardenal Carlo Caffarra, *“una dimensión esencial, constitutiva de la persona humana”*⁶¹. Por eso, haciendo referencia a San Josemaría, la profesora Burggraf escribía: *“¿no es una distinción especial para la mujer poder sentir el amor creador divino hasta en la propia corporalidad?”*⁶².

Sin embargo, la riqueza de la mujer no radica únicamente en la maternidad física, sino que, yendo más lejos, el santo aludía a la *“maternidad espiritual”*, es decir, la traspolación del don innato de velar y proteger a la vida que crece en el interior. San Josemaría veía con claridad cómo la mujer está dotada de ese instinto especial para acoger, para escuchar, para preocuparse por los demás: él lo llamaba el *“don de la solidaridad”*⁶³, consistente en la capacidad para interesarse por el otro, por su situación y tratar de ponerle remedio para esa persona en concreto.

Otra nota distintiva del poso que las enseñanzas de San Josemaría dejaron en Burggraf, lo encontramos en el relieve que para aquél constituía el trabajo en el hogar. Cuidar de la familia y de la casa no era para el santo un quehacer menor, desprovisto de importancia, sino todo lo contrario. Hasta tal punto lo consideraba como una labor trascendente que a quienes vivieron con él les enseñó a facilitar el trabajo a las personas que se ocupaban de dichos cometidos⁶⁴. Aquí encontramos, nuevamente, una muestra más del carácter adelantado a su tiempo de San Josemaría: porque la amplísima variedad del mundo del trabajo es, para todos y cada uno –también para la mujer si su quehacer profesional se halla en el hogar y en la familia--, ocasión de encuentro con Dios y el lugar donde ha de hacerse santo.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 24.

⁶¹ CAFFARRA, C., *Ética general de la sexualidad*, p. 53.

⁶² BURGGRAF, J., “El poder de la confianza: San Josemaría Escrivá de Balaguer y las mujeres”, p. 25.

⁶³ Cfr. *Ibidem*, p. 26.

⁶⁴ Cfr. *Ibidem*, p. 32.

Cabe también resaltar cómo la profesora Burggraf escribe acerca de la influencia de San Josemaría en las mujeres, que, en realidad, era en todos: buscaba no sólo una promoción social, o laboral, o de formación. Lo verdaderamente importante y que perseguía para cada alma era darle a conocer a Cristo mismo. La autora puso en palabras escritas esto que ella misma experimentó:

“En este marco, profundamente religioso, se sitúa lo que Josemaría Escrivá hacía a favor de las mujeres. Realmente, las promocionaba sin cesar, pero buscaba mucho más que una simple mejora de su vida social. Tenía la esperanza de que la gracia divina tocara el corazón de cada persona que trataba, que cada una de ellas pudiese experimentar el efecto liberador del mensaje cristiano, desarrollar sus capacidades y emplearlas para salir, ella misma, de la oscuridad a la luz, llevando la Buena Nueva a los demás”⁶⁵.

Jutta Burggraf realmente hizo suya la forma cómo San Josemaría veía a la mujer, veía a cada persona. Presentar la Buena Nueva del Evangelio era lo realmente importante y urgente, y actuar conforme a ello para dar respuestas y soluciones a los problemas que angustiaban al mundo, pero respetando siempre y en todo momento la libertad personal. Ella hizo vida propia este mensaje, porque previamente en su trayectoria vital ya había encarnado esos valores, el carácter necesario para que sobre la naturaleza se asiente la gracia:

“El Padre nos ha abierto el horizonte de un mar sin orillas. Sin embargo, no quiso ni pudo darnos soluciones hechas para los problemas concretos de los nuevos tiempos. Nunca quería ser “modelo de nada”. Por esto, compete a nosotros, sus hijas e hijos, encontrar esas soluciones, para cada época por las que estamos atravesando. Compete a nosotros, hoy, empeñarnos en que se reconozca la plena dignidad de la persona en todo el mundo, y que la mujer, por fin, deje de ser un “tema”, un tema espinoso. Para lograr eso, nos conviene profundizar en el espíritu de ese soñador realista, tener en cuenta sus visiones amplias, inspirarnos en su entusiasmo y su audacia. Tenemos que seguir caminando; tenemos que avanzar, y optar, como él, también hoy, por los pobres y por los ricos, por los

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 45-46.

sanos y enfermos, por los hombres y mujeres que encontremos en nuestro camino: con alegría, con la divina capacidad de realizar lo costoso con toda sencillez, sin darle mayor importancia”⁶⁶.

⁶⁶ *Ibíd*em, p. 48.

CAPÍTULO 4. EL FEMINISMO.

Jutta Burggraf afirmaba que, en determinados y dilatados momentos de la historia, a la mujer se le ha negado la dignidad y los derechos humanos que le corresponden por su ser-persona. Fiel defensora de la libertad, la autora afirmaba que, bajo esa premisa, se debe permitir a toda persona desarrollarse como tal y de esto se había privado a las mujeres en múltiples ocasiones. Por tal motivo, Burggraf apostaba por un feminismo que ayudase a la mujer a ser ella misma:

«Cada uno debe tener la oportunidad de desarrollarse libremente, de ser feliz y de hacer feliz a los demás –por diferentes caminos, da lo mismo en qué estado o profesión--. Desde una perspectiva histórica y social, algunas veces, a las mujeres esto les ha sido más difícil que a los hombres. Es por ello, que se les debe ayudar más a vivir de acuerdo con su convicción personal. Esta es la finalidad de un feminismo que podemos denominar “auténtico”, “razonable” o “libertario”. Puesto que pretendo unir la verdadera promoción de la mujer con mi fe cristiana, me gustaría hablar de “feminismo cristiano”»⁶⁷.

Ella leyó abundantemente a autoras feministas, muchas de ellas en su común lengua materna –en alemán—y conocía con profundidad los postulados del movimiento feminista. Referencias habituales en sus escritos son Mary Daly, Christa Mulack y, por supuesto, Simone de Beauvoir, autora de la obra de mayor influencia para el feminismo radical: *El segundo sexo*. Burggraf se refería al contenido de la llamada “biblia del feminismo” en los siguientes términos, al extractar una parte del mismo:

⁶⁷ BURGGRAF, J., “El feminismo, ¿destruye la familia?”. Consultado en internet en <https://www.almudi.org/articulos/9144-el-feminismo-destruye-la-familia> con fecha 30 de diciembre de 2019.

«Ya desde los nómadas, el mundo ha pertenecido al varón, dice Beauvoir, pues éste ha sabido influir en el mundo con ocupaciones que iban “más allá de su ser animal”. Para cazar y pescar, construyó utensilios, se puso metas y abrió caminos. Continuamente se superó y emprendió el camino hacia el futuro. Añade: el privilegio del varón consiste en que “su vocación como persona con destino no contrasta con su ser varón”. Sin embargo, en la mujer sucede algo distinto. Hasta hoy, a las mujeres se les ha impedido intervenir de manera creativa en la sociedad. Las mujeres han sido “aisladas” y ahora se encuentran marginadas. Permanecen toda su vida encerradas y la culpa de todo, la tienen el matrimonio tradicional (con la división del trabajo según el sexo) y, sobre todo, la maternidad»⁶⁸.

La profesora Burggraf sabía también reconocer que en Beauvoir había razonamientos acertados, como su apreciación acerca de las mujeres como “*seres humanos dotados de razón*”⁶⁹. Sin embargo, desde aquellos razonamientos la escritora francesa llegaba a la necesidad imperiosa de abolir lo propio de la mujer —el “*mito de la maternidad*”— dado que creía que era la causa del aislamiento en que tradicionalmente ha vivido el ser femenino y de su perenne dependencia del varón. Burggraf lo expresaba en los siguientes términos:

“Para la filósofa existencialista, el remedio para salir de la dependencia es la actividad profesional de la mujer, con la cual se puede alcanzar “una plena igualdad económica y social” entre los dos sexos”⁷⁰.

Por otro lado, como la autora destaca, además de ese feminismo radical, que apuesta por la eliminación de las diferencias entre los sexos, erradicando lo propio de la mujer (la maternidad, y animando vehementemente a la anticoncepción, a abortar y a practicar relaciones lesbianas), existe un feminismo que ensalza lo propiamente típico de la mujer, la maternidad, pero sólo pensando en ella misma:

⁶⁸ *Ibidem.*

⁶⁹ *Ibidem.*

⁷⁰ *Ibidem.*

«Por supuesto, el deseo de tener hijos no significa un retorno al matrimonio y a la familia burgueses. Las feministas se interesan poco por la realidad social de las mujeres, lo que les preocupa son la vida de la mujer, el cuerpo femenino y las experiencias de dar a luz y de amamantar. “Son las mujeres las que tendrán que liberar la tierra y lo harán, porque viven en una mayor armonía con la naturaleza”, esta es la más conocida de las tesis propuestas»⁷¹.

Al plantearse Burggraf la cuestión que da título a uno de sus artículos –“El feminismo, ¿destruye la familia?”--, lo primero que llama la atención es, una vez más, el respeto por la libertad y hacia los demás que la caracterizaban⁷². Ella se daba cuenta de que los movimientos feministas habían tenido una influencia negativa en la destrucción de la familia burguesa y tradicional, consistente en haber incorporado al seno de la relación entre varón y mujer lo propio de la lucha de clases, sin percibir nítidamente las consecuencias de todo ello. Por eso, frente a esa corriente que denostó al matrimonio y a la familia, la escritora afirmaba:

“Es evidente que no se trata de volver a la familia burguesa. Esto sería hacer muy poco y no respondería a las inquietudes de nuestros contemporáneos. ¡No se puede responder a los desafíos actuales con provincianismo! Hemos de demostrar que es mucho más atractivo que un hombre y una mujer se amen y sean un apoyo el uno para el otro, a que se combatan e intenten vencer al otro. Asimismo, hemos de mostrar que el matrimonio, como comunión indisoluble, es la mejor garantía para la felicidad de una familia”⁷³.

⁷¹ *Ibídem.*

⁷² *Ibídem.* Ella lo expresaba en los siguientes términos: “No nos corresponde juzgar a nadie. Nadie tiene derecho a hacerlo y, como espectador, se puede ser muy duro y caer, fácilmente en la altanería”.

⁷³ *Ibídem.*

Burggraf constataba cómo la fe suponía el apoyo en que los cristianos se sustentaban para llevar adelante el matrimonio, la familia y, en definitiva, todo lo que supone la vida. Esto le parecía vital, dado que una sociedad en la que se dan a la vez “valores, valores aparentes y contravalores”⁷⁴, conduce a desorientar a las personas, y es preciso guardar una distancia suficiente para no perder el norte y ser valientes para “contradecir el espíritu de nuestra época”⁷⁵.

Para la autora, el mensaje cristiano es un soporte fundamental para que la mujer pueda afrontar su situación y tomar las medidas necesarias. Así, percibiendo los ecos de Peter Ketter al escribir acerca de Cristo como el liberador auténtico de la mujer y toda la riqueza de la mujer que el Papa Juan Pablo II dejó recogida en “*Mulieris Dignitatem*”, se refiere a la fe en Cristo como el pilar para trabajar en pos de la dignidad femenina:

*“Pienso que, precisamente, cuando se tiene una motivación cristiana, se puede trabajar por una promoción de la mujer, llena de sentido, pues la “emancipación”, entendida como libertad, independencia y madurez interior se alcanza por la fe en Cristo. Él nos libera de prejuicios y clichés, de tradiciones represivas, de costumbres y formas de vida que se han hecho muy estrechas”*⁷⁶.

Esas formas de vida y costumbres estrechas a las que alude son, como ella misma remarca en distintos de sus escritos, provocados por el pecado, que, desde aquel aciago momento que recoge el libro del Génesis (Gn 3,1-20), enemistó al hombre con Dios, lo enfrentó consigo mismo y con la mujer, además de con la entera obra de la Creación. Por ello, Burggraf pone como primer paso para suscitar un auténtico feminismo, la aceptación de uno mismo –que es, al fin y al cabo, lo que trata de abolir el movimiento feminista--:

“Una persona que se sabe querida sin reservas por su Padre Dios, puede aceptarse a sí misma. Tal vez la falta de aceptación propia sea el problema principal del feminismo, también en su modalidad de la nueva maternidad. Porque si yo me acepto a mí misma, también debo aceptar mis limitaciones, debilidades y

⁷⁴ *Ibídem.*

⁷⁵ *Ibídem.*

⁷⁶ *Ibídem.*

*los errores que cometo. Además, tengo que aceptar que no toda la bienaventuranza del mundo proviene de mí*⁷⁷.

Reconociendo la providencia de Dios sobre todas sus criaturas, la dialéctica en torno a si el sexo es un acervo cultural del que hay que liberarse porque es una arbitrariedad, una convención social, desaparece, y queda, como una seguridad firme y cierta, la sabiduría y la mano del Creador también en la diferenciación sexual:

*“Dios inventó la naturaleza humana de un modo maravilloso, en sus dos facetas y dio a cada sexo abundancia de talentos y cualidades. Quien acepta esto, puede estar tranquilo, pues comprende que una rebelión contra su propia naturaleza es, en realidad, una rebelión contra el Creador”*⁷⁸.

Para la profesora Burggraf, la aspiración radical, pero también más ardua de conseguir, es *“la aceptación de la mujer en su propia manera de ser, en su ser mujer, único e irrepetible”*⁷⁹. De este modo, también vemos en ella el reflejo de la *“novedad evangélica”* que supone el modo en que Jesús se acerca con naturalidad a la mujer en un contexto histórico-cultural en el que se la relegaba a ser, prácticamente, un mero accesorio del varón. Más aún, como se verá en el capítulo dedicado a Santa María como modelo para la mujer, Dios ha distinguido, ha confiado, la humanidad al ser femenino⁸⁰, es decir, ha querido depositar la custodia de la vida en ella, con carácter determinante al encarnarse el Hijo de Dios para llevar a cabo la Redención. Así, al reflexionar acerca de la maternidad, Burggraf se refería a ella como un privilegio del Creador hacia la mujer:

«Es verdad que el embarazo no está exento de esfuerzo y agotamiento; sin embargo, ¿no demuestra una predilección especial hacia la mujer que ella pueda experimentar el amor creador de Dios incluso en lo más íntimo de su corporeidad? Sólo desde una perspectiva muy superficial y en la cual se ha perdido el sentido de

⁷⁷ *Ibidem*. Esta premisa de la aceptación también trae ecos de Edith Stein, quien escribió que *“Seguir un camino femenino, que está en contradicción con la propia naturaleza, esto es algo que apenas se puede soportar desde la fuerza natural sin que la naturaleza y sin que el alma sufran perjuicio por ello”*. STEIN, E., *La mujer, su naturaleza y misión*, Ed. Monte Carmelo, Burgos-1998, p. 129.

⁷⁸ *Ibidem*.

⁷⁹ *Ibidem*.

⁸⁰ Cfr. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *“Mulieris Dignitatem”*, n. 30.

lo esencial, se puede sostener que la maternidad disminuye o perjudica a la mujer que, como madre, la mujer es inferior o tiene desventajas. Desde un punto de vista cristiano, al contrario, se puede decir que, debido a su maternidad, a la mujer corresponde una “precedencia específica sobre el hombre”, como ha señalado el Papa Juan Pablo II»⁸¹.

Sin embargo, ella no se refiere únicamente a la maternidad en su sentido físico, sino que, en consonancia con el “genio” femenino que acuñó el Pontífice Juan Pablo II en “*Mulieris Dignitatem*”, la mujer despliega su feminidad en la maternidad espiritual, al escuchar, acoger, cuidar, y que, como Burggraf afirma, no es una cualidad ligada únicamente al sentimiento, sino que “*la maternidad espiritual no sólo expresa cualidades del corazón, sino también del entendimiento y no sólo exige una constitución natural, sino también formación*”⁸².

En resumen, para la autora, el auténtico feminismo es el que acepta a la mujer en toda su extensión, con lo específico de sí misma, que es don de Dios, y que no significa necesariamente la maternidad en sentido físico, sino conocer y aceptar la vocación divina para cada persona, misión para la cual el Creador ha dotado a la mujer de un carisma especial para acoger toda vida y cada vida en concreto. Esa aceptación no es, por supuesto, ni un enfrentamiento ni una equiparación con el varón, sino cooperación, desde los dones específicos femeninos, a que cada ser llegue a su plenitud y cumpla la voluntad divina.

⁸¹ BURGGRAF, J., “El feminismo, ¿destruye la familia?”.

⁸² *Ibidem*.

CAPÍTULO 5. PERSPECTIVA DE GÉNERO.

En su especial sensibilidad para enfocar todo lo referente a la mujer y a su situación en los diferentes ámbitos de la vida, la profesora Burggraf publicó en 2004 un libro dedicado a tratar sobre género⁸³.

Dado que parte del feminismo está impregnado en cierto modo de los postulados del relativismo⁸⁴, comparte con éste el empleo de nuevas palabras para dar forma novedosa a su filosofía. En consonancia con esto, la autora comienza su libro refiriéndose al “*gender*” como palabra que pretende superar la realidad que el sexo define, siendo no la naturaleza quien establece la masculinidad o la feminidad, sino el factor cultural⁸⁵. Además, el término *gender*, que proviene de la lingüística como ella matiza⁸⁶, englobaría así no sólo lo masculino y lo femenino, sino también lo neutro, que dará cabida a las distintas posibilidades de vivencia y sentimiento de la sexualidad a las que da carta de naturaleza la llamada “*ideología de género*”:

⁸³ BURGGRAF, J., “¿Qué quiere decir género? En torno a un nuevo modo de hablar”, Editorial Promesa, San José de Costa Rica-2004.

⁸⁴ La autora hace referencia a ello reconociendo en la ideología de género distintas influencias: “*Se apoyan, por un lado, en diversas teorías marxistas y estructuralistas, y por el otro, en los postulados de algunos representantes de la “revolución sexual”, como Wilhem Reich (1897-1957) y Herbert Marcuse (1898-1979) que invitaban a experimentar todo tipo de situaciones sexuales. Más directamente aún se puede ver el influjo del existencialismo ateo de Simone de Beauvoir (1908-1986) que anunció ya en 1949 su conocido aforismo: “¡No naces mujer, te hacen mujer!” – más tarde completado por la lógica conclusión: “¡No se nace varón, te hacen varón! Tampoco la condición de varón es una realidad dada desde un principio”*”. *Ibidem*, pp. 12-13.

⁸⁵ Cfr. *Ibidem*, p. 9.

⁸⁶ La autora se refiere a la herencia lingüística que marca al término “gender” cuando escribe que “*el término género proviene del campo de la lingüística donde se aprecian tres variaciones: masculino, femenino y neutro*”. *Ibidem*.

“Algunos apoyan la existencia de cuatro, cinco o seis géneros según diversas consideraciones: heterosexual masculino, heterosexual femenino, homosexual, lesbiana, bisexual e indiferenciado. De manera que, la masculinidad y la feminidad no se consideran, en modo alguno, como los únicos derivados naturales de la dicotomía sexual biológica. Cualquier actividad sexual resultaría justificable”⁸⁷.

Frente a esta ideología de género que defiende que la sexualidad es algo que se elige voluntariamente o por influjo del sentimiento, Burggraf alude al modo en que se adquiere la identidad sexual dentro del proceso de desarrollo de la persona, que aglutina en sí la adquisición de la sexualidad propia como un darse *“cuenta de los factores biopsíquicos del propio sexo, y de la diferencia respecto al otro sexo”⁸⁸* y de la *“identidad genérica (descubriendo los factores psicosociales y culturales del papel que las mujeres o varones desempeñan en la sociedad)”⁸⁹.*

En relación a la construcción de la identidad sexual propia, la autora vuelve a poner de manifiesto su prudencia y respeto por el otro al afirmar que existen *“estados intersexuales”⁹⁰*, consistentes en una anomalía biológica a la hora de desarrollar la diferenciación sexual, y que tales estados no han de servir como baluartes *“para conseguir la “deconstrucción” de las bases de la familia y de la sociedad”⁹¹*, sino para tener la actitud de *“mostrarles respeto y darles un tratamiento médico adecuado”⁹².*

De hecho, Burggraf hace gala de una excepcional sensibilidad a la hora de realizar una aproximación a la realidad de la homosexualidad. En su libro *“Cartas a David”*, va desgranando los argumentos que la moral cristiana aporta para dar respuesta a las personas que se definen a sí mismas como homosexuales. Uno de dichos argumentos consiste en desvincular la dignidad de la persona de su tendencia sexual, poniendo de manifiesto que, por encima del obrar humano, está el ser:

⁸⁷ *Ibídem*, pp. 10-11.

⁸⁸ *Ibídem*, p. 17.

⁸⁹ *Ibídem*.

⁹⁰ *Ibídem*, p. 18.

⁹¹ *Ibídem*.

⁹² *Ibídem*.

“Convéncete de una cosa fundamental: ¡la dignidad y el valor de una persona no dependen de su orientación sexual!”⁹³

La ideología de género no sólo abre la puerta a la consideración de la identidad sexual según la voluntad del individuo, sino que, como la autora hace constar, *“da testimonio de un cierto afán de autosuficiencia”⁹⁴*. Este es otro punto capital en el que dicha ideología se opone a lo radicalmente humano, que es la *“disposición hacia el otro”⁹⁵*. El ser humano es por naturaleza un ser relacional, que se completa al ponerse en contacto con el otro. Este factor se hace especialmente patente en la naturaleza femenina, con su natural tendencia a actitudes maternas, como Burggraf reiteradamente comenta, tales como la acogida, el cuidado, el perdón, el reconocimiento del otro en su singularidad personal y en su necesidad concreta. Por esta razón, ella afirma que *“ambos sexos están llamados por el mismo Dios –es decir, hay un sello de la imagen y semejanza con el Creador—a actuar y vivir conjuntamente”⁹⁶*. En este punto es donde Burggraf reconoce la vocación del ser humano.

Al hilo de esta vocación, la autora hace referencia al término acuñado por el Papa Juan Pablo II: el *“genio de la mujer”⁹⁷*. Este genio femenino engloba esas actitudes anteriormente comentadas, y que Burggraf se explica al apreciar que *“no parece descabellado suponer que la intensa relación que la mujer guarda con la vida pueda generar en ella unas disposiciones particulares”⁹⁸*. Además, emplea la expresión de que la mujer es capaz de *«desarrollar la “ética” del cuidado»⁹⁹* que, en definitiva, supone activar el despliegue de los talentos que especialmente se dan en el ser femenino –no obstando esta afirmación para que el ser masculino también pueda mostrar actitudes similares en grado diferente a la mujer--.

⁹³ BURGGRAF, J., *Cartas a David*, Ed. Palabra, Madrid-2013, p. 325 (edición para Kindle).

⁹⁴ BURGGRAF, J., “¿Qué quiere decir género? En torno a un nuevo modo de hablar, p. 23.

⁹⁵ *Ibidem*.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 24.

⁹⁷ *Ibidem*.

⁹⁸ *Ibidem*.

⁹⁹ *Ibidem*.

Un aspecto que llama mucho la atención y que, una vez más, pone de manifiesto la finura del pensamiento y de la sensibilidad de la profesora Burggraf, lo encontramos cuando hace referencia a que «donde hay un “*genio femenino*” debe haber también un “*genio masculino*”, un talento específico del varón»¹⁰⁰. Este “*genio*” referido al varón supone unas características derivadas de su menor cercanía con respecto a la gestación de la vida. Ello le dota de una menor sensibilidad con respecto al otro ser, pero sí que le aporta una mayor serenidad a la hora de custodiar la vida¹⁰¹. Esta diferente posición supone, lo mismo que en la mujer, la posibilidad de encarnar la paternidad espiritual y no sólo física. Esa paternidad, como escribe ella, se cifra en que “*puede llevarle a ser un amigo imperturbable, seguro y de confianza*”¹⁰².

Sin embargo, la autora pone de relieve que sexo y género no son conceptos contrapuestos frontalmente:

*“Hay una profunda unidad entre las dimensiones corporales, psíquicas y espirituales en la persona humana, una interdependencia entre lo biológico y lo cultural”*¹⁰³.

Esta afirmación implica que la discriminación siempre es una injusticia y una arbitrariedad, puesto que “*no tiene ningún fundamento biológico, sino unas raíces culturales*”¹⁰⁴. En consonancia con este componente cultural, afirma que tampoco es asumible el que los roles sociales se justifiquen bajo un determinismo biológico, sino que éstos han de poder ser ejercidos de acuerdo con la dignidad de la persona. Para ello, cita a Juan Pablo II cuando escribe lo siguiente:

*“el Papa Juan Pablo II rechaza explícitamente la noción biológica determinista de que todos los roles y relaciones de los dos sexos están fijados en un único modelo estático”*¹⁰⁵.

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 25.

¹⁰¹ Cfr. *Ibidem*.

¹⁰² *Ibidem*.

¹⁰³ *Ibidem*, p. 27.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 28.

¹⁰⁵ *Ibidem*.

Por eso, la autora hace referencia al profesor Casas Torres, quien aludía al texto que Juan Pablo II escribió al concluir la Cuarta Conferencia Mundial de la Mujer:

“En su reciente “Carta a las mujeres”, el Papa explica el ponderado punto de vista de la Iglesia del modo siguiente: «Puede también apreciarse que la presencia de una cierta diversidad de roles en modo alguno es mala para las mujeres, con tal de que esta diversidad no sea resultado de una imposición arbitraria, sino más bien expresión de lo que es específicamente masculino y femenino»”¹⁰⁶.

El papel de la mujer, como Burggraf escribe una vez más, es fundamental en el seno de la familia y del hogar, pero esto no debe ser un impedimento para que pueda poner al servicio de la sociedad –no perdamos de vista que el mandato a dominar la tierra que recoge el libro del Génesis no fue dirigido sólo al varón, sino a varón y mujer—los dones específicos de la feminidad. Por tanto, se hace preciso implantar los caminos adecuados para que la mujer pueda optar por seguir una sólo de las opciones o las dos:

“Hoy en día muchas personas vuelven a ver de nuevo con claridad que no pueden llegar a ser libres más allá de la base de la propia naturaleza; que el sexo, más que un privilegio o una discriminación, también es siempre una oportunidad para el propio desarrollo. En consecuencia, se empeñan por conseguir que la promoción de la mujer no sólo se lleve a cabo fuera del hogar. Si es cierto que las mujeres no se muestran únicamente como esposas y madres, muchas sí son esposas y madres, o quieren serlo, y hay que crear las posibilidades para que puedan serlo con dignidad. La mujer con una actividad profesional externa no debe ser declarada el único ideal de la independencia femenina, a pesar de todo el respeto que merecen sus intenciones nobles”¹⁰⁷.

¹⁰⁶ CASAS TORRES, J.M., *La Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer*, Ed. Rialp, Madrid-1998, p. 78.

¹⁰⁷ BURGGRAF, J., “¿Qué quiere decir género? En torno a un nuevo modo de hablar”, p. 29.

La perspectiva de género, como camino para una colaboración efectiva entre varón y mujer de acuerdo con las distintas peculiaridades que aporta la diferenciación sexual, supone una alternativa respetuosa con ambos sexos y que posibilita la corresponsabilidad en el trabajo y en la familia. Desde la conquista de una real corresponsabilidad, tanto varón como mujer enriquecerán el mundo que les rodea y que precisa de lo genuino de cada persona.

CAPÍTULO 6. MARÍA, MODELO PARA LA MUJER.

Al igual que Jutta Burggraf afirmaba, recogiendo distintas influencias en su obra, que Cristo fue quien devolvió a la mujer su dignidad, la Virgen María ocupa un lugar eminente en su pensamiento acerca del ser femenino. María es modelo, es referencia, da la medida de aquello que la mujer está llamada a ser, la pauta de la feminidad por excelencia. Se refería a Ella en estos términos: “*María es la «nueva mujer», el ser humano perfecto*”¹⁰⁸. Esa novedad como mujer no se refiere sólo a algo enfrentado a un anterior –como realmente es María, al ser la “*nueva Eva*”, la que trae la liberación del pecado--, sino que la profesora Burggraf se refiere a dicho concepto citando a Leo Scheffczyk¹⁰⁹, definiendo novedad como aquello que no pasa, que es siempre nuevo, que excede las magnitudes temporales.

Santa María supone para la autora el modelo de todo cristiano, pero, especialmente, en su faceta de Madre, hasta el punto de afirmar que “*a través de su maternidad Dios ha revelado la dignidad de la mujer*”¹¹⁰. Esta afirmación tiene reminiscencias de lo escrito por Edith Stein, quien, en relación a la mujer, reflejó lo siguiente:

“*el sexo femenino ha sido ensalzado por el hecho de que el Salvador nació de una mujer: una mujer fue la puerta a través de la cual Dios hizo su ingreso en el género humano*”¹¹¹.

¹⁰⁸ BURGGRAF, J., “Madre de la Iglesia y mujer en la Iglesia. A propósito de la «Teología feminista»”, p. 588.

¹⁰⁹ Cfr. *Ibidem*.

¹¹⁰ *Ibidem*, p. 589.

¹¹¹ STEIN, E., *La mujer, su naturaleza y misión*, Editorial Monte Carmelo, Burgos-1998, p. 61.

María, como escribe la profesora Burggraf, “*materializa el auténtico espíritu del cristiano*”¹¹². Con esto quiere significar que, en la total disponibilidad a acoger la voluntad de Dios, la Virgen es el referente que todo cristiano debe tener en cuenta, de tal forma que, para la autora, “*ser cristiano es, pues, prolongar la Encarnación en la Iglesia y en sus miembros, al igual que sucedió un día en María*”¹¹³. Ese encarnarse – que, al final, es hacer vida propia la llamada universal a la santidad, que San Josemaría Escrivá tuvo como misión anunciar y que, recordemos, es uno de los pensadores que más influyen en la profesora Burggraf—supone aceptar los planes de Dios y hacerlos propios, como María¹¹⁴. Respecto a este amor a la voluntad divina, la autora destaca que no es sinónimo de pasividad, sino que, previamente, ha de existir un ánimo interior plenamente afianzado en la fe, en la confianza total en Dios¹¹⁵. Esta puntualización en torno a la fortaleza interior de la Virgen es algo que, expresado de distinta forma, encontramos en un fragmento escrito por Catharina Halkes:

*“En María, al pueblo de Dios se le da de nuevo la posibilidad de reconocer que Dios está actuando aquí y ahora, y que él también tiene que actuar en conformidad con la llamada y así seguirla hacia lo desconocido. Aquí creer significa hacerse disponible. En esto un ser humano nos aventajó al máximo, el primero de nuestra nueva era, y ese ser fue una mujer. Ella recibió a Jesús con total disponibilidad, lo cuidó y lo hizo crecer, lo alumbró en su encarnación y lo dio al mundo. Sin embargo, esta actitud no es peculiar de cualquier mujer que llega a ser madre, sino que es el resultado de un completo crecimiento humano en la fe”*¹¹⁶.

¹¹² BURGGRAF, J., “Madre de la Iglesia y mujer en la Iglesia. A propósito de la «Teología feminista»”, p. 588.

¹¹³ *Ibidem*.

¹¹⁴ Cfr. *Ibidem*, p. 589.

¹¹⁵ Cfr. *Ibidem*.

¹¹⁶ SCHILLEBEECKX, E., HALKES, C., *María, ayer, hoy, mañana*, Editorial Sígueme, Salamanca-2000, p. 93.

Burggraf hace notar cómo Santa María es colaboradora en la obra de la Redención, y no sólo como Madre, sino también como presencia constante que acompaña, pero siempre detrás de Cristo¹¹⁷. En todos los acontecimientos salvíficos, María está, pero su presencia está como velada, porque quien actúa es el Hijo de Dios, lo mismo que ocurre con la Iglesia, con quien comparte la tarea maternal, amparando, protegiendo, custodiando, cuidando. Esto es algo que también comenta Halkes al afirmar que es precisamente en esa maternidad donde la mujer halla su misión religiosa, porque, desarrollando lo propio de ser madre, está acogiendo al mismo Cristo¹¹⁸. Términos parecidos son los que emplea también la autora al comentar la Carta Apostólica “*Mulieris Dignitatem*”, en donde expone que en María se da la primera acogida de la Buena Nueva, de manera que, en su feminidad, se produce la plenitud de la interiorización del amor de Dios¹¹⁹.

¹¹⁷ Cfr. BURGGRAF, J., “Madre de la Iglesia y mujer en la Iglesia. A propósito de la «Teología feminista»”, p. 589.

¹¹⁸ Catharina Halkes lo expresa de forma más desarrollada al conectar la maternidad de toda mujer y la de Santa María citando Mt 18,5: «Cada mujer es hija de María; por tanto, junto al portador de la paternidad espiritual, testimonio del sacerdocio espiritual del hombre, tenemos en la Iglesia la misión religiosa de la mujer, su apostolado, que es una misión maternal. En éste se cumplen para la mujer las palabras del Salvador, no sólo en el sentido supremo y más elevado, sino en sentido auténtico y propio: “El que acogiere a un niño en nombre mío, a mí me acoge”». SCHILLEBEECKX, E., HALKES, C. *María, ayer, hoy, mañana*, p. 165.

¹¹⁹ La profesora Burggraf lo expresa haciendo a su vez referencia a *Mulieris Dignitatem*, 5: “María participa en la redención precisamente como mujer. En cuanto tal es la primera en recibir, conservar y transmitir la Buena Nueva; su feminidad es el lugar en el que el amor de Dios se interioriza y profundiza en la medida que no tiene igual. «Aquella plenitud de gracia, concedida a la Virgen de Nazaret para llegar a ser Theotókos, significa al mismo tiempo, la plenitud de la perfección de lo que es característico de la mujer, de lo que es femenino»”.

La autora percibe en María todos los valores que han de manifestarse en distinta intensidad en el ser femenino. Acoger la vida en su seno es tarea que se desarrolla durante toda la vida, no sólo en relación al hijo concreto, sino en relación a todo ser humano. Por eso, aprecia en ese carisma particular para disculpar que se da en la mujer, una forma de hacer la vida más acogedora –“tolerable”¹²⁰, escribe ella--, actitud que Catharina Halkes define como “una actitud de donde emana una atención y una creatividad en grado sumo, basada en una vida de escucha y en un vaciamiento de poder y de autosuficiencia”¹²¹.

Por otro lado, la profesora Burggraf no atribuye sólo a la maternidad física de la mujer una conexión con María, sino que también desde la vivencia de la virginidad se establece un vínculo con la Virgen, dado que Ella fue virgen y madre¹²². La mujer virgen es para la autora un testimonio de amor esponsal, lo mismo que se da en la unión matrimonial entre varón y mujer¹²³. Pero insiste en que, ambos estados de vida, deben tener en su punto de mira a Santa María, toda vez que, desde ese lugar, es como puede hacer posible el ser una auténtica ayuda para el varón¹²⁴.

Respecto a la misión en la Iglesia, Jutta Burggraf también escribe acerca del distinto cometido que compete a varón y mujer. El sacerdocio de los varones ha sido repetidamente –incluso en nuestros días– un tema controvertido y traído a colación por algunas corrientes feministas, enarbolando la protesta por considerarlo discriminatorio de la mujer. A este respecto resulta especialmente esclarecedor el comentario que Peter Ketter –al que en múltiples ocasiones cita la autora– desarrolla, reconociendo los diferentes rasgos de personalidad que se dan en varón y mujer, y cómo, precisamente

¹²⁰ BURGGRAF, J., “Madre de la Iglesia y mujer en la Iglesia. A propósito de la «Teología feminista»”, p. 590.

¹²¹ SCHILLEBEECKX, E., HALKES, C. *María, ayer, hoy, mañana*, p. 113.

¹²² Cfr. BURGGRAF, J., “Madre de la Iglesia y mujer en la Iglesia. A propósito de la «Teología feminista»”, p. 591.

¹²³ *Ibidem*.

¹²⁴ Cfr. BURGGRAF, J., “Madre de la Iglesia y mujer en la Iglesia. A propósito de la «Teología feminista»”, p. 593.

apoyándose en la distinta forma de ser propia de cada sexo, Dios ha confiado misiones distintas a cada uno de ellos¹²⁵.

En parecida línea de discurso se sitúa también Edith Stein, quien explica la vinculación del sacerdocio con el varón por ser la primera criatura en la faz de la tierra un ser masculino y que Cristo mismo sea varón, pero resaltando especialmente cómo la unión que Él ha experimentado con la mujer la distingue sobre todas las criaturas:

*“... Cristo vino a la tierra como hijo del hombre, y que la primera criatura estructurada en modo eminente a imagen de Dios fue un hombre. Esto me parece una demostración del porqué los representantes oficiales del Señor sobre la tierra tengan que ser hombres. Pero Él quiso unirse a una mujer más estrechamente que a otro ser sobre la tierra; la ha conformado tanto a su imagen como a ningún otro ser antes o después; y le ha dado un eterno puesto en la Iglesia al que nadie puede aspirar; así Él ha llamado en todos los tiempos a las mujeres a la unión más íntima con él, para que anunciaran su amor, proclamasen su voluntad a reyes y papas, preparasen el camino de su reino en los corazones de los hombres”*¹²⁶.

¹²⁵ Peter Ketter apoya su razonamiento en la sensibilidad más patente en la mujer, pero también en su agudeza para percibir lo sobrenatural. No hay, según el autor, una discriminación hacia el ser femenino con la circunscripción del sacerdocio ministerial únicamente a varones: «*Por tanto, no significa desprecio, sino amorosa y sabia atención a la naturaleza de la mujer, el no permitir Jesús que colabore de un modo inmediato en la realización de su presencia eucarística y no haberle confiado la administración de su carne y sangre, dirigiendo únicamente a hombres estas palabras: “Haced esto en memoria mía”*», KETTER, P., *Cristo y la mujer*, p. 239.

Y continúa matizando: «*Además, la mujer muchas veces concibe los misterios de fe con su ingenio natural más fácilmente que el hombre con sus cavilaciones. Debido a su fuerza maternal, se halla más cerca de las “cosas que se esperan” y “no se ven”, por tanto, de las realidades sobrenaturales*». *Ibíd.*, p. 241.

¹²⁶ STEIN, E. *La mujer, su naturaleza y misión*, p. 79.

CAPÍTULO 7. LOS RASGOS MATERNALES DE DIOS.

Jutta Burggraf dedicó una parte de sus escritos a abordar la llamada “*teología feminista*”¹²⁷ y sus características principales. Examinando los postulados feministas acerca del saber teológico, puso de manifiesto cómo esta ciencia era puesta en tela de juicio por aquellas teólogas debido a que estimaban que se trataba de un conocimiento realizado por varones y destinado a ellos, y al que se referían como “*un sistema que se basa únicamente en experiencias masculinas*”¹²⁸. Más aún, tal presunta unilateralidad querían combatirla con otra actitud igual, pero de signo contrario:

*“Por lo demás se puede comprobar que la teología feminista hace exactamente lo que reprocha a la teología existente hasta ahora. Las mujeres comparan el hablar sobre Dios con su condición de mujeres, tal y como, supuestamente, lo hicieron los varones durante cientos de años, partiendo de su condición de varones. Entonces, si condenamos lo uno, no es comprensible que se permita lo otro”*¹²⁹.

Ese intento de descalificar a la ciencia teológica por parte de las teólogas feministas más radicales, como Christa Mulack, impulsó a la profesora Burggraf a adentrarse en la Sagrada Escritura, al objeto de resaltar cómo Dios aúna en sí paternidad y maternidad, y demostrar que, por tanto, no existe polarización alguna ni en Él ni en la teología como ciencia.

¹²⁷ Sirva como ejemplo su artículo “¿Dios es nuestra Madre?”, en ILLANES, J.L. (dir.), “El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, XX Simposio Internacional de Teología”, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2000, 135-150.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 139.

¹²⁹ *Ibidem*.

Lo primero que Burggraf puso en valor fue que “*la denominación de padre en la Biblia no quiere legitimar ninguna situación patriarcal*”¹³⁰. La autora afirma que Dios aceptó que, en el contexto veterotestamentario, se le tratara con nombres habitualmente masculinos. Esas formas concretas de llamarle no implicaban una supuesta prevalencia del varón sobre la mujer, sino que cumplían una función didáctica, en el sentido de que se contraponían al ser femenino propio de las diosas de los pueblos paganos, de tal forma que tales apelativos no significan dominio o supremacía, sino más bien protección de los más desfavorecidos ante la tiranía de aquéllos¹³¹.

En relación a esta idea de Dios como protector ya se atisba un rasgo típicamente femenino, noción que Burggraf encuentra en Gertrud von Le Fort, quien ya lo apuntaba al escribir que “*el límite del hombre es siempre la puerta de entrada de Dios*”¹³², es decir, que la debilidad del hombre es la forma elegida por Dios para adentrarse en su existencia. Esta singular idea fue desarrollada por Jutta Burggraf, no sólo en su línea de investigación de carácter teológico, sino que constituye una clave permanente en la trayectoria vital de la autora (recordemos que su primer Doctorado lo obtuvo en Psicopedagogía, en el año 1979, por la Universidad de Colonia, como fruto de su interés por la debilidad y la necesidad del ser humano)¹³³.

Con apoyo en los escritos bíblicos, la profesora Burggraf hace referencia a ciertos pasajes en los que Dios se distingue por características que son más propias de una madre, como las actitudes de consolar o enjugar lágrimas¹³⁴. Pero descubre cómo no sólo es que realmente existan esos rasgos, sino que Dios escapa a cualquier tipo de atribución de sexo:

¹³⁰ *Ibidem*, p. 143.

¹³¹ Cfr. *Ibidem*, p. 140.

¹³² VON LE FORT, G., *La mujer eterna*, Ed. Rialp, Madrid-1953, p. 138.

¹³³ SCHELLENBERGER, B., “La auténtica «humanitas» como camino hacia Dios. Itinerario científico de la Profesora Jutta Burggraf”, en Jutta Burggraf 1952-2010, Acto Académico In memoriam, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2011, p. 38.

¹³⁴ Cfr. BURGGRAF, J., “¿Dios es nuestra Madre?”, pp. 141-142.

“Se puede decir con toda razón que en Dios hay feminidad, de una forma originaria, ejemplar y eminente. El redescubrimiento de esta verdad no significa ningún desafío a lo masculino en Dios. La paternidad divina, en cambio, se enriquece con connotaciones que se inspiran en la maternidad. Estamos invitados a percibir nuevamente a Dios como el trascendente, que está más allá de los sexos. No es finito ni variable, no corresponde a las categorías de este mundo, no es ni hombre ni mujer. Es más allá de la polaridad sexual, por encima de todos los antropomorfismos. Su vida íntima tiene carácter de misterio. Supera infinitamente toda nuestra imaginación”¹³⁵.

Esos pasajes son complementados con su pensamiento teológico acerca de la Santísima Trinidad. Para Burggraf, Dios no manifiesta sólo una paternidad, sino que también se acerca máximamente al hombre por medio de la Encarnación de Jesucristo, y hace renacer al hombre a la amistad con Dios, a la vida de la gracia, por medio del Espíritu Santo¹³⁶. Precisamente, la Tercera Persona de la Trinidad es objeto de su reflexión, de donde extrae una imagen que enlaza con el pensamiento que previamente había escrito Edith Stein, en cuyas tesis profundizó la profesora Burggraf. La filósofa y santa alemana escribió acerca de cómo el Espíritu Santo se refleja, se manifiesta en atributos propiamente femeninos: sanar, limpiar, pero también en lo más propio de la feminidad, en dar vida, propiedades que condensa en la expresión *“fertilidad creativa y plenificadora de Dios”*¹³⁷. Y es precisamente en torno a esa idea de fertilidad cómo Burggraf advierte que *“Dios no sólo funda y establece la paternidad, sino también la maternidad, tal y como todas las demás perfecciones de las criaturas”*¹³⁸, de donde se concluye consiguientemente que en Dios existe la paternidad, pero también la más

¹³⁵ *Ibídem*, p. 142.

¹³⁶ La autora condensa en una frase la providencia de Dios sobre el género humano: *“Dios se nos presenta como un padre amoroso que se interesa mucho más por la felicidad y la libertad de sus hijos que ellos mismos”* (*Ibídem*, p. 143). Al igual que pone de manifiesto cómo la Trinidad de Personas divinas es reflejo de ese cuidado providente de Dios: *“La redención es la historia del amor de Dios por el mundo, del amor del Padre unido con el Hijo en el Espíritu Santo, una historia que supera con mucho la capacidad del entendimiento humano”* (*Ibídem*).

¹³⁷ STEIN, E., *La mujer: su papel según la naturaleza y la gracia*, p. 127.

¹³⁸ BURGGRAF, J. *“¿Dios es nuestra Madre?”*, p. 141.

genuina maternidad¹³⁹, nota que nos sitúa y evoca en la perspectiva del relato de la Creación en el libro del Génesis.

Sin embargo, esta consideración que la profesora Burggraf hace sobre los rasgos maternos divinos, no deja al margen a la Madre por excelencia: a Santa María. Así, en su citado artículo dedicado a la maternidad en Dios, se hace eco del pensamiento que los autores Schillebeeckx y Halkes desarrollaron en su libro acerca de la Virgen María, como figura excelsa de la feminidad, pero que también aúna en sí propiedades del ser masculino:

*“En la teología feminista (que se desarrolló abiertamente después del VII), lo normal no es llamar a María “nuestra madre”, sino, más correctamente, “nuestra hermana” (...) Quería basar la peculiaridad de María como mujer en la idea de que lo típico, el amor y bondad redentores de Dios, trasciende el amor humano del hombre y la mujer, y al mismo tiempo contiene en sí, de un modo inmanente, tanto las notas del amor paternal y masculino como las del maternal y femenino”*¹⁴⁰.

Este aspecto ha sido desarrollado con mayor profundidad en el capítulo sexto, dedicado a Santa María, como referencia máxima para la mujer.

Como resumen, el pensamiento de Burggraf acerca de los rasgos maternos de Dios recoge influencias de autores que ya habían ahondado acerca de las propiedades del ser femenino en Él, pero la originalidad de esta autora reside en el equilibrio y armonización de lo paternal y lo maternal en Dios, fuera de cualquier posible contraposición, nota que es constante en sus escritos y en su razonamiento teológico:

*“Se puede decir con toda razón que en Dios hay feminidad, de una forma originaria, ejemplar y eminente. El redescubrimiento de esta verdad no significa ningún desafío a lo masculino en Dios”*¹⁴¹.

¹³⁹ Con gran acierto, Jutta Burggraf recoge una cita de Clemente de Alejandría, en la que se condensa cómo ya en los primeros tiempos del cristianismo, los autores advertían el sentido maternal intrínseco a Dios: “Dios es amor... Lo inexpresable en él es Padre, lo compasivo con nosotros es Madre”. *Ibíd.*

¹⁴⁰ SCHILLEBEECKX, E.- HALKES, C., *María, ayer, hoy y mañana*, p. 44.

¹⁴¹ BURGGRAF, J., “¿Dios es nuestra Madre?”, p. 142.

Al hilo de dicha conjunción armónica, muestra cómo más allá de una cierta tradición en la Sagrada Escritura para referirse a Dios como ser masculino, y del reconocimiento de lo femenino en el Creador, lo determinante es que la persona se puede dirigir a Él; lo verdaderamente relevante, no es que se está tratando con un ser sexuado, sino, como ella afirma, con un *tú* concreto, en una relación de máxima cercanía y familiaridad, pese a que lo habitual para los límites del razonamiento humano y su forma de relacionarse sea encuadrar al otro según su ser masculino o femenino¹⁴².

¹⁴² Para la autora, la Encarnación del Hijo de Dios, marca el inicio de una nueva forma de acercarse Dios al hombre, con una proximidad nunca antes vista: “*En el Nuevo Testamento, la autorrevelación divina llegó a su plenitud. Dios se nos dio a conocer como Padre de Jesucristo y de todos los hombres. A partir de entonces puede concebirse sumamente más cerca, más familiar; nos invita, de alguna manera, a tutearle. Los cristianos le tratamos, pues, de tú*”. *Ibídem*, p. 140.

CAPÍTULO 8. EL MUNDO NECESITA LA PRESENCIA FEMENINA.

Edith Stein afirma, en relación al “*ethos*” —expresión griega que significa conducta o costumbre— de las profesiones femeninas, que la forma de ser de la mujer impregna desde dentro su actividad profesional, y que, además, las cualidades que adornan a la feminidad marcan también su vocación concreta¹⁴³. Esto supone tanto como decir que en la mujer se dan unas disposiciones específicas en su forma de ser que le hacen dirigirse hacia unas parcelas laborales concretas donde, además, pone en juego todo el talento propiamente femenino.

En consonancia con este razonamiento de Stein, Jutta Burggraf trae a colación las reflexiones que el Papa Juan Pablo II lleva a cabo en “*Mulieris Dignitatem*”, impulsando el que la mujer participe más en el entramado de la sociedad humana. La profesora Burggraf, así, aúna ese talento específico femenino con la necesidad que el mundo tiene de que se difunda lo emblemático de la personalidad de la mujer:

*“El Santo Padre repite una y otra vez —y es éste su mensaje principal— que, en una sociedad dominada por el principio del rendimiento y la locura del éxito y en la cual a las mujeres apenas les está permitido participar, no se puede desenvolver sanamente la personalidad humana. Ello, pese a todo brillo exterior y desarrollo tecnológico. No obstante, nos podemos preguntar, un poco decepcionadas, si esto significa que las mujeres deberían participar en la política y en la economía únicamente con el fin de distraer a los estresados gerentes. ¿Consiste su tarea sólo en mejorar el clima de trabajo, regar las plantas, poner flores y preparar el café? De ninguna manera: Juan Pablo II quiere abrir horizontes muchísimo más amplios. Espera de ellas que tomen su vida profesional realmente en serio, las anima a aceptar responsabilidades profesionales de mayor envergadura y, por supuesto, cargos de más difícil desempeño”*¹⁴⁴.

¹⁴³ STEIN, E., *La mujer, su naturaleza y misión*, p. 29.

¹⁴⁴ BURGGRAF, J., “Juan Pablo II y la vocación de la mujer”, *Scripta Theologica*, 31 (1999), 139-155, p. 152.

No obstante, Burggraf, con su habitual agudeza para percibir los detalles, afirma que a la mujer no le es, de hecho, posible acceder a ciertas áreas de actividad profesional¹⁴⁵. La exclusión es un hecho real, circunstancia que contrasta vivamente con lo expresado por Juan Pablo II, animando a que el ser femenino sea protagonista, lo mismo que el hombre, no ya sólo en todas las áreas laborales, sino también en todo el escalafón del mundo del trabajo. Y, a este respecto, la profesora Burggraf añade un matiz al escribir que “*en todas las instituciones –también en las eclesíásticas– la mujer debería ser considerada un auténtico «partner»*”¹⁴⁶. Dicho matiz indica que la autora también ve necesario que la mujer aporte a la Iglesia todo su potencial, lo que no significa que acceda también al sacerdocio –recordemos que esto era una reivindicación permanente de ciertos postulados feministas–, sino que existe un amplio elenco de actividades eclesiales en las que la mujer puede, y debe, colaborar junto con el hombre.

Esta visión moderna, y necesaria, de la apertura de todos los ámbitos sociales a la mujer que tenía Burggraf, están también muy en la línea del pensamiento al respecto de San Josemaría Escrivá, de quien recibió una importante influencia. Escrivá constituía un altavoz en defensa de la promoción de la mujer, y la autora recoge su mensaje al respecto en este fragmento:

*“Se preocupaba por que las mujeres tuvieran acceso al mismo tipo de información que los hombres, a las mismas lecturas; que alcanzasen las mismas oportunidades y recibieran una sólida formación cultural y cristiana”*¹⁴⁷.

¹⁴⁵ Cfr. *Ibídem*.

¹⁴⁶ *Ibídem*.

¹⁴⁷ BURGGRAF, J., “El poder de la confianza: San Josemaría Escrivá y las mujeres”, p. 4.

Por eso, escribe, al hilo de este mismo orden de posibilidades para varón y mujer, que el santo animaba a las mujeres a “*aceptar responsabilidades de mayor envergadura y cargos de más difícil desempeño: no para “brillar” personalmente, sino para servir más y mejor, para amar con eficacia*”¹⁴⁸. Resalta, por tanto, que la promoción de la mujer no mira a superar las cotas alcanzadas por el varón –que sería algo más acorde con el pensamiento del feminismo radical–, sino que su objetivo es que ambos tengan las mismas oportunidades y que tengan como fin el servicio a la sociedad, servir a los demás, sin perder de vista, como San Josemaría “*vio*”, el trasfondo sobrenatural que encierra la santificación a través del trabajo ordinario.

Esta puerta abierta para la mujer hacia el mundo laboral desde la vocación de servicio también la encontramos, como ya se ha anticipado, en Edith Stein. Al prologar Jutta Burggraf uno de los libros de la filósofa alemana escribió que la entrada plena de la mujer en el mundo laboral cobraba sentido en tanto que toda actividad debe estar enfocada al servicio a los demás¹⁴⁹.

Por tanto, aunar servicio y profesionalidad desde el estado de vida propio de la mujer es lo que se muestra como deseable para ella, y para cualquier cristiano. Esto supone ser responsable de la propia formación para desarrollar de forma apropiada la tarea laboral de cada uno, extremo que San Josemaría Escrivá puso de manifiesto:

*“La mujer que quiere dedicarse activamente a la dirección de los asuntos públicos, está obligada a prepararse convenientemente, con el fin de que su actuación en la vida de la comunidad sea responsable y positiva. Todo trabajo profesional exige una formación previa, y después un esfuerzo constante para mejorar esa preparación y acomodarla a las nuevas circunstancias que concurren”*¹⁵⁰.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 6.

¹⁴⁹ STEIN, E., *La mujer. Su papel según la naturaleza y la gracia*, p. 20.

¹⁵⁰ ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Ed. Rialp, Madrid-1968, n. 90. Consultado en Internet en <http://www.escrivaobras.org/book/conversaciones-punto-90.htm> con fecha 04 de enero de 2020.

Al final, lo que Jutta Burggraf recoge de todas las influencias en relación a la necesidad de la presencia de la mujer en el mundo, es que todos, varón y mujer, están llamados a ser responsables, colaborar y hacer que la tierra, la historia y los dones recibidos, dejen una mejor herencia a las generaciones que vendrán detrás:

“Todos estamos profunda y personalmente involucrados en los acontecimientos de nuestro mundo. Si aceptamos humildemente este hecho y miramos al centro más íntimo de nuestro ser, podemos mejorar, al menos, una pequeña porción de la sociedad, de la que formamos parte. Y entonces podemos ver, con ojos más limpios, que, aparte de todos los errores, hay mucho bueno y bello en los demás”¹⁵¹.

¹⁵¹ BURGGRAF, J., *Celebrar la vida. Desde el comienzo hasta el final*, Editorial Promesa, San José de Costa Rica-2011, p. 17.

ANEXO I. LA MUJER EN SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ.

Jutta Burggraf afirma que San Josemaría Escrivá no se convenció del valor idéntico de los sexos a causa de la revolución feminista¹⁵². Él consideraba que varón y mujer poseen una misma dignidad innata, es decir, en la base de su espiritualidad se encontraba una concepción muy novedosa de la dualidad varón-mujer¹⁵³, una concepción que no era muy habitual en la primera mitad del siglo XX.

San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei y difusor de la llamada universal a la santidad en medio del mundo, no excluía a nadie de esa invitación: todos están llamados a ser santos. Las mujeres también. Por eso, Burggraf escribió que San Josemaría *“no consideraba a las mujeres como objetos o muñecas, sino como seres humanos dotados de razón. Veía bullir la sangre de Cristo en cada una de ellas”*¹⁵⁴.

Desde ese prisma, Escrivá se esforzó por devolver a la mujer el protagonismo que le corresponde, un protagonismo a la par con el varón. La emancipación que propugnaban los movimientos feministas, para él no favorecía a la mujer. Lejos de encontrar el sitio que le corresponde por tener igual dignidad que el hombre, algunas de esas corrientes buscaban el igualitarismo de la mujer con el varón a costa de perder lo específico femenino. Muy al contrario, para San Josemaría, como escribe Jutta Burggraf,

*«“Emancipación” significaba para Escrivá abandono de las tradiciones represivas, de clichés y de prejuicios, y también de formas de vida que se habían vuelto estrangulantes»*¹⁵⁵.

¹⁵² Cfr. BURGGRAF, J., *El poder de la confianza: San Josemaría Escrivá y las mujeres*, p. 11.

¹⁵³ CASTILLA Y CORTÁZAR, B. “Consideraciones sobre la antropología “varón-mujer” en las enseñanzas de San Josemaría”. Consultado en internet en <https://opusdei.org/es-es/article/consideraciones-sobre-la-antropologia-varon-mujer-en-las-ensenanzas-de-san-josemaria/> con fecha 20 de abril de 2020.

¹⁵⁴ BURGGRAF, J., *El poder de la confianza: San Josemaría Escrivá y las mujeres*, p. 16.

¹⁵⁵ *Ibíd.*, p. 19.

Esas formas de vida tenían mucho que ver con la reducción del papel de la mujer al ámbito del hogar y de la familia. San Josemaría, a diferencia, tuvo empeño por el acceso de la mujer a la misma formación que el varón, por la igualdad de oportunidades para ambos y, como muestra concreta de ello, por el derecho a recibir una misma formación cultural y cristiana¹⁵⁶. Escrivá, que fue un apasionado por dar formación especialmente en doctrina, se refería también a la necesidad de que la mujer adquiriera una sólida preparación en el aspecto moral, dado el alcance que tiene el carisma femenino en todos los ámbitos:

*“El Padre repetía con insistencia que era fundamental la buena formación moral de la mujer: era una cuestión imprescindible para el desarrollo de la humanidad. Esa visión de San Josemaría no se limitaba a un estrato social, sino que era transversal: se preocupó tanto de la formación de la mujer universitaria, como de la campesina. Su desvelo impulsó iniciativas educativas que elevaran el nivel de vida de miles de mujeres desatendidas durante largas generaciones”*¹⁵⁷.

Escrivá reconocía la importancia de la función de la mujer en el hogar y en la familia, pero no como una labor exclusivamente femenina, sino como una tarea común tanto para el varón como para la mujer (y esto, en unos tiempos marcados por el predominio masculino en la sociedad):

*“Lo mismo que en la vida del hombre, pero con matices muy peculiares, el hogar y la familia ocuparán siempre un puesto central en la vida de la mujer: es evidente que la dedicación a las tareas familiares supone una gran función humana y cristiana”*¹⁵⁸.

¹⁵⁶ Cfr. *Ibídem*.

¹⁵⁷ KÜCKING, M., *Horizontes insospechados*, Ed. Rialp, Madrid-2018, p. 175.

¹⁵⁸ *Ibídem*.

Sin embargo, esa labor fundamental de la mujer en el hogar, pese a ser “*su mayor dignidad*”¹⁵⁹, para San Josemaría no implicaba una exclusión de su participación en la vida social, e incluso en la política¹⁶⁰. Antes bien, apreciaba la necesidad que tiene la sociedad, al igual que la familia, de la “*aportación especial*” femenina.

Dicha aportación propia de la mujer nace de la singularidad del ser femenino, y se hace presente en virtudes como la generosidad, la intuición, la piedad, y, sobre todo, por el amor¹⁶¹; pero no de un modo pasivo, sino activamente, con un total y efectivo despliegue. En este sentido, San Josemaría puntualizaba, como ya se ha indicado, que la mujer no debía pretender ni una uniformidad con el varón, ni una imitación de él, porque, según afirmaba, eso sería “*una pérdida*”¹⁶². Más bien, es a partir del modo de ser de la mujer desde donde ella, para San Josemaría, estaba llamada a ser protagonista en todos los ámbitos de la existencia humana junto con el varón.

Entre esos ámbitos, San Josemaría incluía, por ejemplo, el servicio y la gestión públicos, pero condicionaba esa participación, como en cualquier otra parcela, a la disponibilidad de una buena formación para desempeñar ese servicio a la sociedad, y de igual manera para ambos sexos:

*“Todo trabajo profesional exige una formación previa, y después un esfuerzo constante para mejorar esa preparación y acomodarla a las nuevas circunstancias que concurran. Esta exigencia constituye un deber particularísimo para los que aspiran a ocupar puestos directivos en la sociedad, ya que han de estar llamados a un servicio también muy importante, del que depende el bienestar de todos”*¹⁶³.

¹⁵⁹ *Ibidem*.

¹⁶⁰ *Ibidem*.

¹⁶¹ Cfr. *Ibidem*. San Josemaría lo definía con este conglomerado de características: “*su delicada ternura, su generosidad incansable, su amor por lo concreto, su agudeza de ingenio, su capacidad de intuición, su piedad profunda y sencilla, su tenacidad...*”.

¹⁶² *Ibidem*.

¹⁶³ *Ibidem*, n. 90.

Precisamente por ese sentido de servicio, Escrivá subrayaba la importancia de la fe cristiana a la hora de llevar a cabo ese trabajo de orden social, porque, tanto para el hombre como para la mujer, los valores cristianos tienen trascendencia de cara a aportar soluciones a los problemas de la sociedad contemporánea.

San Josemaría valoraba también decididamente la labor de mujer independientemente de su estado civil. Si bien entendía que la mujer casada ha de tener la atención centrada en su familia, de igual modo entendía que la que permanece soltera despliega todas las cualidades que distinguen al ser femenino, incluso en el sentido de la maternidad, pero una maternidad de carácter espiritual¹⁶⁴:

*“hay mujeres solteras que difunden a su alrededor alegría, paz, eficacia: que saben entregarse noblemente al servicio de los demás, y ser madres en profundidad espiritual, con más realidad que muchas, que son madres sólo fisiológicamente”*¹⁶⁵.

Vinculado al valor que tiene el trabajo en el hogar, San Josemaría impulsó la creación de escuelas y residencias dirigidas por la Sección Femenina del Opus Dei, de cara a la dignificación del trabajo de las empleadas del hogar, y con miras a proveer a dicha labor de un soporte científico, de adquirir conocimientos acordes al desempeño profesional de ese puesto de trabajo.

El motivo de esta preocupación constante de Escrivá por la formación responde a la llamada universal a la santidad, puesto que, como él difundió, para que un trabajo santifique a quien lo realiza, ha de ser llevado a cabo con perfección humana y sobrenatural, desplegando los conocimientos oportunos para que lograr que esté bien hecho y para que sea un trabajo digno de ser ofrecido a Dios. La realización del trabajo profesional poniendo en juego todos los conocimientos y todas las virtudes descubre un

¹⁶⁴ Cfr. BURGGRAF, J. “El poder de la confianza: San Josemaría Escrivá y las mujeres”, p. 25. Burgraf explicó que esa maternidad espiritual se hacía patente en la sensibilidad especial de la mujer soltera análoga a la de la mujer casada y con hijos: «La “maternidad espiritual” se traduce en una delicada sensibilidad frente a las necesidades y requerimientos de los demás, en la capacidad de darse cuenta de sus posibles conflictos interiores y de comprenderlos. Se la puede identificar, cuidadosamente, con una especial capacidad de amar”.

¹⁶⁵ *Ibidem*, n. 106.

horizonte nuevo en la vida del cristiano. Además de imitar a Cristo en su condición humana, la mujer, en cualquier faceta de su vida y, sobre todo, en el hogar, pone a Jesús en la cumbre de su actividad profesional.

Otro detalle acerca de la personalidad de San Josemaría, como afirmó Mons. Pedro Altabella, se aprecia en que *“tenía para él y para sus hijos como gran exigencia el ser muy humanos. Pero enraizados en Dios”*¹⁶⁶. Esa gran humanidad se apreciaba también en su trato hacia las mujeres, con todas, pero sobre todo con las que formaban parte del Opus Dei, especialmente si se dedicaban profesionalmente a las labores domésticas. Así lo hizo constar Cesare Cavalleri, Director de la Revista “Studi Cattolici”, al exponer este detalle en su testimonio sobre el fundador de la Obra:

*“Si yo tuviese que probar en qué cosa he adivinado sobre todo la santidad de Monseñor Escrivá, diría que ha sido en su manera tan humana de vivir la caridad, es decir, en su extraordinaria capacidad de afecto”*¹⁶⁷.

Las anécdotas acerca de la hondura de su trato hacia los demás, en concreto hacia las mujeres, han sido transmitidas en numerosos testimonios que han sido recogidos en distintas publicaciones. Así, Marlies Kücking, numeraria del Opus Dei, y que colaboró estrechamente con San Josemaría (Kücking formaba parte de la Asesoría, el organismo formado por las mujeres para colaborar con el fundador, y con sus sucesores, en el gobierno del Opus Dei), cuenta con qué profundidad se interesaba Escrivá acerca de las circunstancias en que se encontraban las personas que colaboraban junto a él en los distintos apostolados de la Obra:

*“Nos preguntó si estábamos bien de salud, si estábamos contentas; si las que no eran de lengua alemana hacían progresos con el idioma... Empezó a preguntar a quienes se ocupaban directamente de las tareas domésticas cómo se las arreglaban con el lavado de la ropa”*¹⁶⁸.

¹⁶⁶ SERRANO, R. (Ed.), *Así le vieron*. Testimonios sobre Mons. Escrivá de Balaguer, Ed. Rialp, 4ª. ed., Madrid-1992, p. 23.

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 52.

¹⁶⁸ KÜCKING, M., *Horizontes insospechados*, p. 54.

Como Jutta Burggraf escribió, a modo de síntesis se puede afirmar que San Josemaría animó siempre decididamente a la mujer a “*descubrir, aceptar y desarrollar los propios talentos*”¹⁶⁹. Su estímulo, su predicación y sus iniciativas contribuyeron a devolver a la mujer el protagonismo que, junto al varón, le pertenece desde el principio, un protagonismo que es preciso lograr y descubrir a la sociedad: “*algo mucho más valioso, más provechoso; pero también más difícil: la aceptación de la mujer en su diferencia, el desafío de ser mujer*”¹⁷⁰.

¹⁶⁹ BURGGRAF, J., “El poder de la confianza: San Josemaría Escrivá y las mujeres”, p. 27.

¹⁷⁰ *Ibídem.*

ANEXO II. LA MUJER EN EL MAGISTERIO DE JUAN PABLO II.

San Juan Pablo II ha sido un Papa precursor en muchos aspectos: no sólo porque su pontificado fue largo y, durante el mismo, visitó más de 129 países, sino por la influencia que ejerció sobre cuestiones sociales, políticas y diplomáticas, haciendo posible muchos acontecimientos históricos (como la caída del régimen comunista en Polonia, por citar alguno de ellos).

En relación a esas cuestiones de ámbito social, Juan Pablo II se ocupó de devolver a la mujer al lugar que le corresponde en medio del mundo y de la sociedad. Ya Pablo VI, en su Mensaje a las mujeres con motivo de la clausura del Concilio Vaticano II¹⁷¹, las instaba a que acudieran a la llamada que la sociedad les estaba dirigiendo. Juan Pablo II, continuando con esta revitalización de la mujer, en su segunda exhortación apostólica, “*Familiaris consortio*”¹⁷², escribía abiertamente acerca de “*la igual dignidad y responsabilidad respecto al hombre*”¹⁷³. Además, en consonancia con la perspectiva teológica que en torno al ser femenino desarrollaría posteriormente en “*Mulieris dignitatem*”¹⁷⁴, hizo referencia a cómo Dios enraíza la dignidad de la mujer en la Encarnación del Hijo de Dios, asumiendo la naturaleza humana de Santa María.

Esta teología acerca de la mujer fue desarrollada extensamente en “*Mulieris dignitatem*”. Juan Pablo II puso de relieve cómo toda la Sagrada Escritura, desde el relato de la Creación en el libro del Génesis, enuncia la dignidad originaria de la mujer, al igual que el varón:

“creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó”¹⁷⁵.

¹⁷¹ PABLO VI, *Mensaje a las mujeres*, Clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II, Roma-1965. Consultado en internet en http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf_p-vi_spe_19651208_epilogo-concilio-donne.html con fecha 24 de abril de 2020.

¹⁷² JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, en LLEDÍAS FERRO, M.T. (dir.), *Fundamentos para un proyecto permanente-La Familia*, Ed. HB&h, Madrid-1993, p. 245.

¹⁷³ *Ibidem*, p. 266.

¹⁷⁴ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem*, en LLEDÍAS FERRO, M.T. (dir.), *Fundamentos para un proyecto permanente-La Familia*, p. 59.

¹⁷⁵ Gn 1, 27.

Una dignidad en el origen que recibió su máximo esplendor gracias a la maternidad divina de María, a la que San Juan Pablo II se refirió en los siguientes términos:

“De esta manera «la plenitud de los tiempos» manifiesta la dignidad extraordinaria de la «mujer» (...) Desde este punto de vista, la «mujer» es la representante y arquetipo de todo el género humano, es decir, representa aquella humanidad que es propia de todos los seres humanos, ya sean hombres o mujeres”¹⁷⁶.

El Pontífice tuvo presente en su carta apostólica la influencia social que en torno a los años sesenta había tenido la segunda oleada de los movimientos feministas. Frente a una corriente del feminismo que defendía el igualitarismo de la mujer con el varón, el Papa polaco aludió a este fenómeno advirtiendo del riesgo de pérdida de su esencia que se cernía sobre la mujer por parte de esos postulados:

“La mujer –en nombre de la liberación del «dominio» del hombre –no puede tender a apropiarse de las características masculinas, en contra de su propia «originalidad» femenina”¹⁷⁷.

Llamaba a la mujer a ser ella misma, a realizarse como persona, lo mismo que el varón, desde su propia dignidad y tendiendo hacia su propia vocación¹⁷⁸, sin renunciar a lo que comporta la feminidad.

¹⁷⁶ JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem*, en LLEDÍAS FERRO, M.T. (dir.), “Fundamentos para un proyecto permanente-La Familia”, p. 67.

¹⁷⁷ *Ibidem*, p. 78.

¹⁷⁸ Cfr. *Ibidem*. Juan Pablo II supo poner de manifiesto cómo varón y mujer no están en un diferente nivel de dignidad o de recursos como personas, sino que les exhortaba a ocupar su lugar propio en el mundo respetando esa común humanidad en la diferencia: “*Los recursos personales de la femineidad no son ciertamente menores que los recursos de la masculinidad; son sólo diferentes. Por consiguiente, la mujer –como por su parte también el hombre– debe entender su «realización» como persona, su dignidad y vocación, sobre la base de estos recursos, de acuerdo con la riqueza de la femineidad, que recibió el día de la creación y que hereda como expresión peculiar de la «imagen y semejanza de Dios».*”

En “*Mulieris dignitatem*”, Juan Pablo II sitúa a Santa María como modelo para la mujer, de lo que ésta se encuentra llamada a ser. Llama la atención especialmente el modo en el que el Papa recoge las figuras de Eva y de María para establecer una correlación entre ellas, pero poniendo de relieve cómo María es para la mujer la nueva y definitiva oportunidad para ser ella misma¹⁷⁹, según el querer de Dios. Un querer divino que no circunscribe la vocación de la mujer a un único ámbito, como puede ser el de su papel como esposa y madre, sino que, como el Pontífice afirma en “*Mulieris dignitatem*”, se expresa en una doble dimensión: virginidad y maternidad¹⁸⁰. La primera, como maternidad según el espíritu, y la segunda, como maternidad según la carne, se concentran en Santa María, que, una vez más, vuelve a ser puesta por el Papa en el centro del misterio de la mujer:

*“Estas dos dimensiones de la vocación femenina se han encontrado y unido en ella de modo excepcional, de manera que una no ha excluido la otra, sino que la ha completado admirablemente”*¹⁸¹.

Esa doble dimensión de la mujer resume en sí la riqueza femenina, una riqueza a la que Cristo, con su venida, devuelve su esplendor, siendo ésta otra de las líneas maestras de la Carta Apostólica. Nuevamente es la Sagrada Escritura, en los Evangelios, donde queda constancia de la novedad que supuso el Señor para la mujer, al que el Papa califica como “*promotor de la verdadera dignidad de la mujer*”¹⁸². La razón de ser de esta expresión se encuentra apoyada por los distintos pasajes de los relatos evangélicos en que Cristo se acerca, enseña, cura y salva a la mujer (de la enfermedad corporal y del pecado), a los que el Santo Padre va haciendo referencia. El alcance de dicha novedad se encuentra en que, además de tratar con naturalidad a la mujer en un contexto

¹⁷⁹ Cfr. *Ibidem*, p. 80. Juan Pablo II sintetiza, aún en una sola frase el legado de Eva y el triunfo de María: “*En María, Eva vuelve a descubrir cuál es la verdadera dignidad de la mujer, de su humanidad femenina. Y este descubrimiento debe llegar constantemente al corazón de cada mujer, para dar forma a su propia vocación y a su vida*”.

¹⁸⁰ Cfr. *Ibidem*, p. 88.

¹⁸¹ *Ibidem*.

¹⁸² *Ibidem*, p.81.

histórico que no era muy favorable para ella¹⁸³, Cristo revela a la mujer (y al varón) su lugar, su misión, y “*le habla del don infinito del amor de Dios*”¹⁸⁴, que es la mayor garantía de la dignidad y libertad femenina. Y la mujer responde a esa muestra de confianza, de predilección y de esperanza, siendo, como el Papa expone, las primeras testigos de la resurrección:

*“Desde el principio de la misión de Cristo, la mujer demuestra hacia él y hacia su misterio una sensibilidad especial, que corresponde a una característica de su femineidad. Hay que decir también que esto encuentra una confirmación particular en relación con el misterio pascual; no sólo en el momento de la crucifixión sino también en el día de la resurrección. Las mujeres son las primeras en llegar al sepulcro”*¹⁸⁵.

Una prueba que hace de la mujer testigo privilegiada de los acontecimientos salvíficos, que el Santo Padre reconoce en la capacidad especial del ser femenino para afrontar el sufrimiento, en mayor medida que el varón¹⁸⁶. Será precisamente desde ese modo especial de ser como la mujer también será protagonista a lo largo de la historia de la Iglesia. Este aspecto también lo recoge San Juan Pablo II al referirse a distintas mujeres que han sido partícipes auténticas de la misión eclesial¹⁸⁷.

¹⁸³ Cfr. *Ibídem*, p.82. El Papa tiene presente la realidad del contexto temporal en el que Cristo llevó a cabo su vida pública: “*En las enseñanzas de Jesús, así como en su modo de comportarse, no se encuentra nada que refleje la habitual discriminación de la mujer, propia del tiempo*”.

¹⁸⁴ *Ibídem*, p. 85.

¹⁸⁵ *Ibídem*, p. 86.

¹⁸⁶ Cfr. *Ibídem*, p.91. No se trata de que Juan Pablo II minusvalore al varón en este aspecto, sino que vincula la capacidad especial de sufrimiento que tiene la mujer a la sensibilidad propia femenina, una sensibilidad que se hace patente en la capacidad de saber reconocer lo que cada persona necesita: “*En este sufrimiento desempeña también un papel particular la sensibilidad propia de la mujer, aunque a menudo ella sabe soportar el sufrimiento mejor que el hombre*”.

¹⁸⁷ Cfr. *Ibídem*, p. 103. El Santo Padre se fija en nombres propios de testigos de la fe en Cristo, pero, de modo agregado, todas esas mujeres las engloba en una frase muy elocuente: “*Se trata de santas mártires, de vírgenes, de madres de familia, que valientemente han dado testimonio de su fe, y que educando a los propios hijos en el espíritu del Evangelio han transmitido la fe y la tradición de la Iglesia*”.

Por tanto, fortaleza, gratitud, responsabilidad, misión, vocación, podrían ser las palabras que vertebran el perfil de la mujer que Juan Pablo II nos ha legado en “*Mulieris dignitatem*”. Pero, como resumen de la Carta, en sus números finales, el Santo Padre recuerda a la humanidad que la mujer es la encargada de custodiar al hombre¹⁸⁸.

Juan Pablo II no cesó de invitar a llevar a cabo un “*luminoso discernimiento*”¹⁸⁹ a fin de que se vislumbrara lo propio de la “*esencia perenne de la mujer*”¹⁹⁰. Así lo dejó escrito en “*Christifideles laici*”, documento en el que dedicó una parte a profundizar en la importancia de la mujer en el mundo, afirmando que la Iglesia “*aporta a ese proceso su más valiosa contribución*”¹⁹¹. Dicha contribución no es otra que aportar luz y orientación para dar respuesta a la pregunta acerca del lugar que debe ocupar la mujer en el mundo¹⁹², cometido que calificó como “*urgencia histórica impostergable*”¹⁹³. Una vez más, el Pontífice hizo hincapié en la necesidad de que sean ambos, varón y mujer, quienes han de tener una “*presencia coordinada*” de cara a “*hacer más completa, armónica y rica la participación de los fieles laicos en la misión salvífica de la Iglesia*”¹⁹⁴.

¹⁸⁸ Cfr. *Ibidem*, n. 30. En otra frase para la posteridad, Juan Pablo II recoge el legado que Dios ha hecho a la mujer, en la custodia de la vida, del ser humano: “*La fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual, se une a la conciencia de que Dios le confía de un modo especial el hombre, es decir, el ser humano*”. Un cometido que, como el Papa afirma, remite a la fortaleza del ser femenino: “*La mujer es fuerte por la conciencia de esta entrega, es fuerte por el hecho de que Dios «le confía el hombre», siempre y en cualquier caso, incluso en las condiciones de discriminación social en la que pueda encontrarse. Esta conciencia y esta vocación fundamental hablan a la mujer de la dignidad que recibe de parte de Dios mismo, y todo ello la hace «fuerte» y la reafirma en su vocación. De este modo, la «mujer perfecta» (cf., Prov 31, 10) se convierte en un apoyo insustituible y en una fuente de fuerza espiritual para los demás, que perciben la gran energía de su espíritu*”.

¹⁸⁹ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*, en LLEDÍAS FERRO, M.T. (dir.), “Fundamentos para un proyecto permanente-La Familia”, p. 179.

¹⁹⁰ *Ibidem*.

¹⁹¹ *Ibidem*.

¹⁹² Cfr. *Ibidem*, p. 180.

¹⁹³ *Ibidem*, p. 181.

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 183.

Cabe también hacer referencia a la Carta que Juan Pablo II dirigió a las mujeres en 1995¹⁹⁵, con motivo de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, en Pekín. Ante un acontecimiento de tan amplio calado global, el Santo Padre quiso hacer llegar a las mujeres su agradecimiento por muchos de los cometidos que desempeñan en la vida diaria¹⁹⁶. Asimismo, hizo mención expresa a los obstáculos con los que la mujer ha de enfrentarse cotidianamente, desafíos que dificultan su efectiva igualdad, y que también están revestidos en ocasiones de violencia¹⁹⁷. Sin embargo, lejos de quedarse en el mero reconocimiento, exhortó a los Estados e instituciones a avanzar en la senda del reconocimiento de la mujer:

*“Mi «gratitud» a las mujeres se convierte pues en una llamada apremiante, a fin de que por parte de todos, y en particular por parte de los Estados y de las instituciones internacionales, se haga lo necesario para devolver a las mujeres el pleno respeto de su dignidad y de su papel”*¹⁹⁸.

Siendo estos documentos comentados solamente una parte del extenso magisterio de Juan Pablo II acerca de la mujer, queda de manifiesto que el ser femenino fue una de las claves, de las principales preocupaciones de su pontificado. El Santo Padre dejó patente su confianza en la mujer. *“Creo en el genio de las mujeres”*¹⁹⁹: así se lo dijo a la periodista y escritora Maria Antonietta Macciocchi, en una recepción en el Vaticano, y lo demostró con su palabra y con sus escritos.

¹⁹⁵ JUAN PABLO II, *Carta a las mujeres*, Romae-1995.

¹⁹⁶ Cfr. *Ibidem*, n. 2.

¹⁹⁷ Cfr. *Ibidem*, n. 4.

¹⁹⁸ *Ibidem*, n. 6.

¹⁹⁹ MACCIOCCHI, M.A., *Las mujeres según Wojtyla. Veintinueve claves de lectura de la Mulieris dignitatem*, Ed. Paulinas, Madrid-1992, p. 345.

CONCLUSIONES.

Después de llevar a cabo este recorrido por los escritos de Jutta Burggraf, atendiendo especialmente a los pensadores del siglo XX que han encontrado eco en ella y que la propia autora ha ido citando en sus obras, lo que se recoge, en primer lugar, es su gran aprecio por la libertad. Precisamente, el interesarse por todo lo referente a la mujer está imbuido de este amor a la libertad, porque, al final, de lo que se trata es que la persona femenina sea libre de acuerdo con lo propio de su naturaleza sexuada. Más allá de liberarse del yugo masculino que, desde tiempo inmemorial y como consecuencia de las rupturas que implicó el pecado original, pesaba sobre la mujer, lo que es deseable y se persigue es que ambos puedan ser dueños de su vida y colaborar en todos los ámbitos en que tiene lugar la vida en sociedad. Ese objetivo es innegociable, porque la naturaleza humana es relacional, es decir, refiere alteridad, necesita del otro para completarse y esto es especialmente patente entre varón y mujer. No nos referimos únicamente a la relación entre esposos, sino que, más allá de ella, todas las áreas de actividad humana merecen estar asistidas de los talentos masculinos y femeninos. Siendo cierto que lo específico de la masculinidad es ejercer un dominio, una gestión efectiva, sobre las distintas parcelas del mundo del trabajo, la mujer ha de humanizar dichas parcelas, casi como mitigando en cierto modo la mayor frialdad que con respecto a lo vital tiene el varón. Esto no significa que la mujer haya de volcarse en lograr cotas de participación en sociedad más altas, que también, pero no más que el hombre, sino en iguales condiciones. También implica, como Jutta Burggraf apostillaba, que los ordenamientos jurídicos posibiliten que la mujer pueda ser dueña de su destino y pueda optar, porque existan las condiciones necesarias, por ejercer su papel insustituible en la familia y el hogar, hecho que, como se ha visto, está enunciado por Edith Stein, San Josemaría Escrivá y San Juan Pablo II.

Otro aspecto que recogemos de esta travesía por el pensamiento e influencias de Jutta Burggraf es lo que ella defiende como perspectiva de corresponsabilidad entre varón y mujer, es decir, que están llamados a una etapa de “*colaboración real*”²⁰⁰, y esto dista mucho de lo propugnado por el feminismo radical, tanto el que exalta el igualitarismo con el varón como el que defiende que la única función de la mujer es la maternidad. Esos postulados del postfeminismo reducen ostensiblemente las posibilidades que se abren para el mundo si varón y mujer cooperan en todos los ámbitos. Por su parte, la ideología de género supone una abominación para ambos sexos, puesto que fingir y creer que la diferenciación sexual es sólo un producto cultural es una falacia, punto que la autora hizo constar al distinguir entre el sexo biológico, el sexo psicológico y el sexo social, y hacer notar que los tres forman parte del normal desarrollo de la identidad sexual de la persona. No obstante, la autora se distingue claramente —es como un sello personal— por el respeto hacia el ser que sufre y que, en este punto, se materializa en aquellas personas que, por una anomalía en el desarrollo de la asignación del sexo, sufren. Por encima, pues, de postulados de un signo u otro, está el que toda persona humana es criatura de Dios, está creada a su imagen y semejanza, y, como decía San Josemaría Escrivá, en ella bulle la sangre de Cristo.

Existe, pues, un feminismo sano, el “*feminismo cristiano*” que Jutta Burggraf refiere, y que consiste en estar en favor de la mujer respetando lo específico femenino, que no sólo es la maternidad física, sino, sobre todo, el “genio” femenino que San Juan Pablo II acuñó y desarrolló en “*Mulieris Dignitatem*”.

²⁰⁰ BURGGRAF, J., “Una comprensión más profunda de la sexualidad humana” en PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, “Sexualidad humana: verdad y significado. Orientaciones educativas en familia”, p. 30.

Efectivamente, aún a fecha de nuestros días, siguen perviviendo situaciones que laceran la dignidad de la mujer, y por este motivo tiene plenamente sentido luchar por que dejen de darse. Y esto compete al hombre también, como decía el Papa Wojtyla, pero también es algo que puede abordarse desde la educación. La maternidad de la mujer no se circunscribe sólo a la gestación y al alumbramiento, sino que, más aún, ella es responsable del nacimiento espiritual del hijo, es decir, de abordar la tarea educativa en su vertiente etimológica –sacar hacia afuera–, lo cual quiere decir formar a la persona para ser lo que Dios espera de ella, ayudarla a ser dueña de su vida, cooperar a que, con su madurez progresiva, sea capaz de gestionar su libertad. Por tanto, desde la tarea educativa, la mujer tiene mucho que aportar en favor propio.

*“El mundo –escribe Jutta Burggraf—será lo que nosotros hagamos de él”*²⁰¹. Remedios, pues, toda miseria, especialmente para la mujer que es quien mayormente sufre y ha sufrido las consecuencias del pecado, porque, citando a San Pablo, *“el amor de Cristo nos urge”*²⁰².

²⁰¹ BURGGRAF, J., *Celebrar la vida. Desde el comienzo hasta el final*, p. 17

²⁰² 2Cor 5,14.

BIBLIOGRAFÍA

BURGGRAF, J., *Cartas a David*, 4ª. ed., Ed. Palabra, Madrid-2013.

BURGGRAF, J., *Celebrar la vida. Desde el comienzo hasta el final*, Editorial Promesa, San José de Costa Rica-2011.

BURGGRAF, J., “Dignidad y función de la mujer en la Iglesia y en la sociedad”, en SARMIENTO, A. (dir.), “La misión del laico en la Iglesia y en el mundo, VIII Simposio Internacional de Teología”, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1987, 615-627.

BURGGRAF, J., “¿Dios es nuestra Madre?”, en ILLANES, J.L. (dir.), “El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, XX Simposio Internacional de Teología”, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2000, 135-150.

BURGGRAF, J., “El feminismo, ¿destruye la familia?”. Consultado en internet en <https://www.almudi.org/articulos/9144-el-feminismo-destruye-la-familia> con fecha 30 de diciembre de 2019.

BURGGRAF, J., “El poder de la confianza: San Josemaría Escrivá de Balaguer y las mujeres”, p. 9. Consultado en Internet en la web www.opusdei.es, en <https://opusdei.org/es-es/article/el-poder-de-la-confianza-san-josemaria-y-la-mision-de-la-mujer/>, con fecha 25 de abril de 2020.

BURGGRAF, J., “Juan Pablo II y la vocación de la mujer”, *Scripta Theologica*, 31 (1999), 139-155.

BURGGRAF, J., “Madre de la Iglesia y mujer en la Iglesia. A propósito de la «Teología feminista»”, *Scripta Theologica* 18 (1986), 575-593.

BURGGRAF, J., “Para un feminismo cristiano: reflexiones sobre la Carta Apostólica “*Mulieris Dignitatem*”, Romana 10 (1988). Consultado en internet en <https://opusdei.org/es-es/article/para-un-feminismo-cristiano-reflexiones-sobre-la-carta-apostolica-mulieris-dignitatem/> con fecha 28 de diciembre de 2019.

BURGGRAF, J., “¿Qué quiere decir género? En torno a un nuevo modo de hablar”, Ed. Promesa, San José de Costa Rica-2004.

BURGGRAF, J., “Una comprensión más profunda de la sexualidad humana” en PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, “Sexualidad humana: verdad y significado. Orientaciones educativas en familia”, Editorial Promesa, San José de Costa Rica-2008.

BURGGRAF, J. “Varón y mujer: ¿naturaleza o cultura?”. Consultado en internet en http://www.laityfamilylife.va/content/dam/laityfamilylife/Documenti/donna/filosofia/espanol/varo_n-mujer-naturaleza-o-cultura.pdf con fecha 20 de diciembre de 2019.

CAFFARRA, C. *Ética general de la sexualidad*, Ediciones Internacionales Universitarias, Barcelona-1995.

CASAS TORRES, J.M., *La Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer*, Ediciones Rialp, Madrid- 1998.

ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid: Rialp, 1968, n. 90. Consultado en Internet en <http://www.escrivaobras.org/book/conversaciones-punto-90.htm> con fecha 04 de enero de 2020.

Gn 2, 18.

Jn 4, 5-42.

JUAN PABLO II, Discurso C'est une joie, al V Congreso Internacional de la Familia, 1980. Consultado en internet en https://www.enchiridionfamiliae.com/z_componer.php?paragrafo=1980%2011%2008%200001 con fecha 29 de diciembre de 2019.

JUAN PABLO II, Carta Apostólica "Mulieris Dignitatem" sobre la dignidad y la vocación de la mujer con ocasión del año mariano, Roma-1988. Consultado en internet en http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1988/documents/hf_jp-ii_apl_19880815_mulieris-dignitatem.html con fecha 05 de enero de 2020.

JUAN PABLO II, Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a la Señora Mary Ann Glendon y a los miembros de la Delegación de la Santa Sede a la IV Conferencia Mundial sobre la mujer, Pekín-1995. Consultado en Internet en http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1995/august/documents/hf_jp-ii_spe_19950829_glendon.html con fecha 26 de diciembre de 2019.

JUAN XXIII, Carta Encíclica "Pacem in terris", Roma-1963. Consultado en internet en http://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_11041963_pacem.html con fecha 22 de diciembre de 2019.

JUAN XXIII, Discurso del Santo Padre al Congreso de la Federación Mundial de Juventudes Femeninas Católicas, Roma-1960. Consultado en Internet en http://w2.vatican.va/content/john-xxiii/es/speeches/1960/documents/hf_j-xxiii_spe_19600423_gioventu-femminile.html con fecha 22 de diciembre de 2019.

JUAN XXIII, Discurso del Santo Padre a los participantes en el Congreso de estudio sobre la mujer y la vida social, Roma-1961. Consultado en Internet en http://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/speeches/1961/documents/hf_j-xxiii_spe_19610906_donna-professione.html con fecha 22 de diciembre de 2019.

KETTER, P., *Cristo y la mujer*, Sociedad de Educación Atenas, S.A., Madrid-1945.

KÜCKING, M., *Horizontes insospechados*, Ed. Rialp, Madrid-2018.

Lc 7, 36-50.

LLEDÍAS FERRO, M.T. (dir.), *Fundamentos para un proyecto permanente-La Familia*, Ed. HB&h, Madrid-1993.

LUQUE ALCAIDE, E., “¡Gracias, Jutta!”, consultado en Internet en <https://opusdei.org/es-es/article/gracias-jutta/> con fecha 29 de diciembre de 2019.

MACCIOCCI, M.A., *Las mujeres según Wojtyla*, Veintinueve claves de lectura de la *Mulieris Dignitatem*, Ed. Paulinas, Madrid-1992.

PABLO VI, Mensaje a las mujeres, Roma-1965. Consultado en internet en http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1965/documents/hf_p-vi_spe_19651208_epilogo-concilio-donne.html con fecha 23 de diciembre de 2019.

PÍO XII, Discurso a los participantes en XIV Congreso Internacional de la Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas. Consultado en Internet en https://w2.vatican.va/content/pius-xii/fr/speeches/1957/documents/hf_p-xii_spe_19570929_organiz-femminili-cattoliche.html con fecha 22 de diciembre de 2019.

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, “Sexualidad humana: verdad y significado. Orientaciones educativas en familia”, Ed. Promesa, San José de Costa Rica-2008.

RATZINGER, J., “Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo”, Romae-2004. Consultado en Internet en http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20040731_collaboration_sp.html con fecha 26 de diciembre de 2019.

SCHELLENBERGER, B., “La auténtica «humanitas» como camino hacia Dios. Itinerario científico de la Profesora Jutta Burggraf”, en Jutta Burggraf 1952-2010, Acto Académico In memoriam, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2011.

SCHILLEBEECKX, E., HALKES, C., *María, ayer, hoy, mañana*, Editorial Sígueme, Salamanca-2000.

SCOLA, A., *¿Qué es la vida?*, Ed. Encuentro, Madrid-1999.

SCOLA, A., *La cuestión decisiva del amor: hombre-mujer*, Ed. Encuentro, Madrid-2003.

2Cor 5,14

SERRANO, R., *Así le vieron*, Testimonios sobre Monseñor Escrivá de Balaguer (4ª.ed.), Ed. Rialp, Madrid-1992.

STEIN, E., *La mujer, su naturaleza y misión*, Ed. Monte Carmelo, Burgos-1998.

STEIN, E., *La mujer. Su papel según la naturaleza y la gracia*, Madrid: Palabra-1998.

VON LE FORT, G., *La mujer eterna*, Ed. Rialp, Madrid 1953.